

92-40-C.13/24

# NOTICIA

DE LA VIDA Y ESCRITOS

DE

## D. JOAQUIN ROCA Y CORNET,

REDACTADA PARA SER LEIDA EN SESION PÚBLICA  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA, EL 26 DE  
MARZO DE 1876,

POR

D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

Vice-Présidente de la misma.



BARCELONA.

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS,

CALLE DE RETIRÓN, NÚM. 10.

1876.

NOTICIA DE LA VIDA Y ESCRITOS

DE

**D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.**

---

# NOTICIA

DE LA VIDA Y ESCRITOS

DE

## D. JOAQUIN ROCA Y CORNET,

REDACTADA PARA SER LEIDA EN SESION PÚBLICA  
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA, EL 26 DE  
MARZO DE 1876,

POR



D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

Vice-Presidente de la misma.



BARCELONA.  
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS,  
CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 10.  
1876.

R. 284 ?

92-4° C 13/24

note of decimal

## SEÑORES:

Uno de los deberes por demás triste, y sobre triste de difícil desempeño, que la amistad ó la gratitud al par que las disposiciones reglamentarias nos imponen á los que tenemos el honor de ocupar estas sillas, es que los que hoy todavía somos, recordemos, las más de las veces para mayor lustre de nuestra patria, siempre para honra de esta corporacion, y estímulo y ejemplo propios, los títulos que á la pública estimacion y á nuestro particular afecto alcanzaron los que nos precedieron en el camino de la vida. Mas la dificultad del desempeño de ese deber y la tristeza de su cumplimiento suben de punto, cuando el encargado de deponer la corona de siemprevivas sobre el sepulcro del que fué nuestro consócio, es quien por antigüedad ocupaba aquí el puesto inmediato al suyo; quien al título de compañero, añadió el más estimable de antiguo amigo; quien, al trazar su fúnebre elógió, debia mencionar á cada momento hechos, debia de continuo evocar recuerdos comunes á entrambos; por manera que más de una vez le hubiese de parecer que trazaba anticipadamente y por su propia mano su necrologia, al escribir la del que lloramos muerto.

Y sin embargo, bien lo sabeis; yo mismo fui quien, al anunciar-

nos nuestro digno presidente el fallecimiento de nuestro inolvidable compañero D. Joaquin Roca y Cornet, que es á quien dedicamos hoy este solemne acto, os pedí por favor la honra de llevar en él la voz en representacion de la Academia: porque si bien sabia ya que únicamente mostrándoos vosotros más benévolo conmigo de lo que acostumbrais serlo con todos, podia salir absuelto de los cargos que de otra suerte deberíais hacerme; si bien, con fundamento sobrado, me embargaba el temor de que privaba tal vez á alguno de vosotros de desempeñar con más acierto, y por lo tanto, con más honra para esta Corporacion y con más gloria para el finado, la grave tarea que sobre mis flacos hombros echaba, dábanme voces desde el fondo de mi corazon por un lado la gratitud, la amistad por otro, para que no dejara de pagar las deudas de cariño y agradecimiento que con el finado tenia; deudas que adquieren un carácter doblemente sagrado cuando parece como que nos las recuerda desde el fondo del sepulcro el que tiene derecho á reclamarlas; y resolvíme á sacrificar al cumplimiento de lo que consideraba como un deber mi amor propio, el cual me aconsejaba que no me expusiera á quedar vencido en el árduo empeño á que me arrojaba.

Ilustre compañero á quien empecé á respetar como maestro para más tarde honrar y querer como amigo, si en medio de los inefables gozes de la contemplacion beatífica en que estás absorto, llega á tí el vano ruido de las fastuosas nonadas de este mundo, á que tanto valor damos los que en él vivimos, perdóname si, pintor desmañado y sin talento, no alcanzo á bosquejar tu retrato cual tú quisieras, para que de cada uno de los hechos de tu vida que mencione, de cada una de tus virtudes que dé á conocer, saquen los que me escuchan estímulos y enseñanzas provechosas: perdonadme, mis dignos compañeros, si no acierto á trazar con la exactitud y verdad debidas los rasgos fisionómicos del literato docto, del poeta correcto y en muchas ocasiones inspirado, del sábio modesto, del escritor fácil y castizo, del virtuoso amigo, en suma, á quien tanto distinguísteis y estimásteis mientras compartió con vosotros vuestras apacibles y gratas tareas; y vosotros, su affligida esposa y cariñosos hijos, en quienes el tiempo transcurrido desde el dia de su muerte hasta hoy habrá podido secar las lágrimas, mas no dis-

minuir el sentimiento de veros privados de su dulce compañía, perdonadme si además de venir tan tarde, — bien sabéis que á pesar mio, — á deponer esta humilde ofrenda en el sepulcro de aquel á quien amasteis tanto y tanto os amó, creéis que merecía más, que era digno de más valiosa corona que la que mis torpes manos van á tejer y ofrecer á su memoria.

En los albores de este siglo, á quien dejaba por herencia el que acababa de perderse en el insondable abismo de la inmensidad una revolución que, removiendo hasta sus cimientos la antigua sociedad y acumulando grandes ruinas, dejaba para las generaciones futuras la árdua tarea de levantar el nuevo edificio social sobre mal seguros fundamentos y con materiales de solidez harto dudosa; guerras titánicas que debían convertir en lagos de sangre multitud de campos de la vieja Europa, casi únicamente para que se reflejara en ellos la costosísima aureola de gloria del llamado Capitan del siglo; y teorías y principios más aun que aquellas guerras funestos, en cuanto estaban destinados á ser los negros vapores que habían de producir las furiosas tempestades políticas y sociales que han de estallar, en un porvenir quizás no muy lejano, sobre las naciones del viejo y nuevo continente: en los albores de este siglo, que ya mucho antes de ser mayor de edad calificábase á sí propio de grande, el 6 de febrero de 1804 nacia en esta ciudad aquel cuya memoria hoy honramos.

Fueron sus padres D. Joaquín Roca y Giol y D.<sup>a</sup> Paula Cornet, notario aquel de número y escribano actuario de esta Real Audiencia, de tan limpia fama y sólidas virtudes cual lo habían sido sus progenitores; descendiente esta de una bien reputada familia de comerciantes de la plaza de la Cucurulla; de una de aquellas familias cuyos individuos llevaban con más orgullo el dictado de ciudadanos honrados, que tenerlo puede en ostentar su nombre patronímico en nuestros días el más encopetado magnate, y que con más noble altivez mandaban esculpir los instrumentos de su oficio, si quiera fuese la lanzadera de tejedor ó la horma de zapatero, en la pobre losa de su modestísima sepultura, bajo las bóvedas de la iglesia ó á la sombra del campanario de su parroquia, que su ricamente blasonado escudo de armas un descendiente de los Cardonas ó de los Moncadas.

Acababa Roca de cumplir cuatro años cuando presenció la entrada en esta ciudad de la division francesa de Duhesme, que se apoderó de ella so color de aliado, en medio del estupor de algunos y de la confianza del mayor número de sus habitantes, demasiado honrados para dudar siquiera de la buena fé de los que se presentaban como amigos. Las alianzas del hasta entonces afortunado Corso eran, bien lo sabeis, cual los abrazos de aquellos espantables ogros de las leyendas popularès, que devoraban á los infelices que se ponian confiadamente á su alcance. Roca y Cornet que en edad muy avanzada conservaba en su privilegiada memoria no pocos recuerdos de su infancia, escribia refiriéndose á aquel hecho en unos apuntes biográficos que tenia empezados cuando le sorprendió la muerte: «Todavía tengo presente, cual si en este momento la viese, á una mujer del pueblo que, desgrefñada y llorando, exclamaba á grandes gritos: *estamos perdidos! Los franceses han entrado ya: se dirigen á Monjuí y á la ciudadela. Ay de nosotros!* Cómo el instinto de aquella pobre mujer, son tambien palabras del mismo Roca, veía y reconocia lo que no acertaba á ver el pueblo entero de Barcelona!» «Tambien recuerdo con horror, añadía en seguida, el infausto dia en que fueron ejecutados en la ciudadela los malogrados Dr. Pou, P. Gallifa, Navarro, Massana y Aulet á consecuencia de la fracasada conspiracion contra las tropas del usurpador.» Con gusto y dolor á la vez consigno, Señores, este triste al par que glorioso recuerdo, y transcribo en este mi pobre escrito los nombres de aquellos animosos mártires de nuestra independencia, ya que, con indisculpable abandono, y cual si anduviéramos sobrados de ejemplos de cívicas virtudes y de verdadero patriotismo, nada hacen para impedir que se olvide aquel recuerdo y se borren aquellos ilustres nombres de la memoria de las nuevas generaciones, por demás egoistas y faltas de fé religiosa y política, los que, siquiera en honra de esta ciudad, deberian evitarlo.

A los pocos meses de ocuparla los franceses, el padre de Roca, que como notario público tenia que prestar al gobierno intruso un juramento que repugnaba á sus sentimientos de español y á su conciencia de cristiano, huyó disfrazado de pescador á Badalona, desde cuyo punto se dirigió á Cambrils, donde tenia algunos bienes de fortuna, y desde allí á Tarragona, en cuya ciudad habíase instalado

la Audiencia. Allí permaneció con su familia, sufriendo todos los horrores del memorable sitio de aquella plaza, hasta que salió huyendo de ella, momentos antes de ser entrada á saco por las tropas francesas, refugiándose por de pronto á bordo de una fragata mercante, desde la cual pudo presenciar el niño Roca alguna de las escenas de sangre de que fué teatro la antigua capital de la España Tarraconense, y cuyo recuerdo no debia borrarse nunca más de su memoria, y oír los gritos de desesperacion y los ayes de agonía de las víctimas mezclados á las voces de victoria y de muerte de sus desapiadados verdugos.

Desde Tarragona trasladóse la atribulada familia de Roca á Palma de Mallorca, en cuya tranquila residencia perfeccionóse el niño en la lectura y escritura, y comenzó á estudiar los primeros rudimentos del latin. De allí regresó aquella á la Península á mediados de 1813, cuando Napoleon, que habia perdido el año anterior la mayor parte de su ejército en la desastrosísima retirada de Moscou, principio de su caída, veia tambien á sus legiones, hasta aquel punto casi siempre vencedoras, volver la espalda á las ya aguerridas huestes anglo-hispanas.

Por de pronto estableciéronse los padres de nuestro difunto consocio en su casa de Cambrils, trasladándose por fin al año siguiente á esta ciudad, donde á la sombra de la paz, cuya benéfica influencia no podia dejar de sentirse en los pueblos, por más que á no pocos disgustara el rumbo que iban tomando los asuntos políticos, parecia como que tornaba Barcelona á nueva vida, poblándose otra vez las abandonadas viviendas, volviendo al acostumbrado ruido los talleres y al usado movimiento las calles, y recobrando su anterior actividad las instituciones todas, que habian dejado de dar señales de existencia, ó la habian arrastrado lánguida y poco menos que infructuosa durante los seis años de la odiada dominacion extranjera.

Entre estas, una de las que con más aliento y fé en lo porvenir renació á más robusta vida, fué nuestro seminario conciliar, que se apresuró á abrir de par en par sus puertas á la estudiosa juventud que, ávida de enseñanzas, corrió á llenar sus aulas, que por espacio de tantos años habian permanecido desiertas.

Roca y Cornet, olvidadas ó dando por no aprendidas las incompletas nociones de latin que en Palma recibiera, ingresó á la edad de diez años en el primero de este idioma; siguió con notable aprovechamiento, bajo la direccion de los sabios profesores Dr. Palau, tan excelente latinista como consumado teólogo, y Dr. Amorós; y luego despues estudió los dos cursos de Retórica y Poética, en los cuales logró la fortuna de tener por maestro al insigne humanista, gloria de nuestro púlpito, el Dr. D. Cristóbal Marcé. En una y otras asignaturas salió á públicos exámenes, habiendo merecido en las dos últimas la distincion, á pocos concedida, de ser elegido para improvisar las composiciones poéticas que los asistentes exigiesen á los examinandos, y que estos no acertasen á componer en el acto.

Con justicia, pues, reconocíase nuestro difunto compañero deudor á aquel su docto maestro de lo que fué en su mocedad, y del mayor renombre que como escritor, y hasta como poeta, llegó á adquirir más adelante: porque si bien advirtiése en él desde la infancia cierta como innata disposicion para la poesia, hubiera podido acontecer que, á no ser por los estímulos con que la alentó y vigorizó su inteligente Mecenas, á la manera acaso de delicada flor de invernáculo que muere apenas nace si le falta el artificial calor de que la rodea el jardinero, se hubiese extinguido aquella disposicion antes de dar muestras de su existencia; ó de darlas, hubieran tal vez carecido del sabor clásico, de la correccion y limpieza, del buen gusto, y de la calculada sobriedad de galas demasiado vistosas que forman el carácter, así de sus composiciones poéticas, como de sus escritos en prosa.

Terminados sus estudios de humanidades, y los de filosofia, que cursó en el mismo seminario, al par que dócil á las insinuaciones, ó quizás preceptos de su padre, seguia la carrera del Notariado, cediendo á sus instintos de laboriosidad y á su codicia de enriquecer su intelligenza con nuevos y variados conocimientos, estudiaba con no escaso provecho en los años de 1821 al de 1823 las asignaturas de principios de legislacion universal, moral y derecho, economía política y derecho español, en las llamadas cátedras de segunda y tercera enseñanza establecidas á la sazón en esta ciudad por decreto de las Córtes.

No hay necesidad de recordar que las circunstancias políticas que atravesaba nuestra desventurada patria, víctima en aquellos como en nuestros tiempos, hoy de los desafueros y de las frecuentes asonadas con que turbaba el partido llamado liberal, con dolor y vergüenza de los amantes de la verdadera libertad, la paz de las familias y el público sosiego; al siguiente día de los atropellos ó imprudentes reacciones, condenadas por los amadores sinceros de la monarquía, de los exaltados del opuesto bando; no hay que recordar, repetimos, que aquellas circunstancias, á las cuales se añadió aquí el azote de la peste, no eran las más apropiadas para entregarse con ánimo sereno á los tranquilos goces del estudio, ni aun los que se mantenían apartados de la agitada arena donde luchaban las banderías políticas. Como al derrumbarse al poco tiempo de su duración el sistema constitucional, por causas harto sabidas para que sea necesario recordarlas, dejaron de existir las enseñanzas de facultad aquí establecidas, Rocá y Cornet tuvo que abandonar, con harto sentimiento, los estudios de derecho, á los cuales manifestó siempre sumamente apasionado. Y puesto que la ocasion me brinda á ello, permítidme que, como un nuevo dato biográfico de no escaso valor para dar á conocer la fisonomía moral de nuestro difunto consocio, consigne en éste punto que, aunque mozo de pocos años en tiempo en que atravesaba España las circunstancias que dejamos apuntadas, en vez de dejarse seducir por el brillo fascinador de ciertas ideas inexactamente llamadas nuevas, cual otros jóvenes, algunos de ellos compañeros ó amigos suyos,—de corazón por más apasionado ménos cauto, de inteligencia por más ardiente acaso ménos reflexiva,—supo de aquellas sacar provechosísimas enseñanzas para que, al tener que levantar, como está obligado á hacerlo todo hombre que no olvida que es responsable de sus actos, el edificio de sus opiniones políticas, lo hiciera construyéndolo, no sobre la movediza arena de los principios que afectan profesar los partidos llamados militantes, sino sobre la inmutable y eterna base de las verdades cristianas; y de esta suerte, encastillado en él, cual en roquera fortaleza, pudo presenciar sereno,—y en sus últimos años hacíase una gloria de ello,—como los diferentes bandos ó agrupaciones políticas que se disputaban la posesion del poder, á cada evolucion—que podríamos

llamar con más propiedad danza pírrica, —cambiaban los lemas de sus respectivas banderas, mientras que él, como todos los que obran con igual criterio, jamás tuvo que arriar y ni aun poner á media asta la suya, ni cambiar por otros los motes que ya desde su juventud escribiera en ella.

Ya en el tiempo que á aquellos estudios se dedicaba, y en que, más para complacer á su padre que por inclinacion de su voluntad, ocupábase en compañía y en el despacho de aquel en el ejercicio de su profesion de notario, que sin embargo honró con sus virtudes y sus escritos, empleaba los breves ócios que aquellos estudios y sus tareas profesionales le consentian, en el cultivo de las bellas letras y en especial en el trato de las musas, á las cuales consagró las primicias de su naciente ingenio. Más adelante y cuando ensayé dar á conocer al que fué nuestro compañero como escritor, me ocuparé en las obras literarias de aquel primer periodo de su existencia, que en este momento no hago más que indicar de paso, como un dato para completar la reseña biográfica que de él estoy bósquejando.

Roca y Cornet que, á la manera de los hijos de los antiguos patriarcas que veian multiplicarse su familia al rededor de la secular higuera plantada por el que habia sido tronco de aquella, vivió siempre al lado de sus padres, de quienes fué el regocijo en su mocedad y el apoyo en su vejez, quiso aumentar las bendiciones que habia derramado el cielo en su hogar doméstico, llevando á él y dando á sus padres una nueva hija en la virtuosa y simpática jóven doña Josefa Fiter, que lo era de D. José Fiter, como abogado no menos afamado por su talento en el foro, que por sus virtudes querido y respetado de todos como particular. Era esto en 1833. Su íntimo amigo D. Manuel Cabanyes, —bien lo sabeis los admiradores de este malogrado poeta—, celebraba aquella venturosa union con un epitalámio digno de la pluma que habia escrito los *Preludios de mi lira*. Ardian todavía las antorchas nupciales del afortunado enlace, que el Señor debia colmar de los dones que aquel le pedia, cuando jó dolor! cumpliéndose los tristes presagios de aquella voz fatídica que le habia dictado estos versos de su canto de boda:

*Tales dulzuras  
Nunca tú misero  
Disfrutarás,*

encendíanse para él los funerarios blandones, y Cintio lloraba su muerte en un canto elegíaco que parecía el eco fúnebre de los aun no apagados sonidos del de su amigo.

Al par que se daba Roca á conocer como escritor, y de peldaño en peldaño subia á ocupar un puesto, y no de los más humildes; entre los que á la sazón figuraban en primer término en la república de las letras, iban á llamar á las puertas de su modesto retiro los cargos honrosos y las públicas distinciones; entre aquellas las de utilidad más que las de aparato y brillo, como que eran las que más con su carácter se avenían; entre las segundas las de más lucimiento é importancia, y cual correspondían á sus méritos y al mayor renombre que iba de año en año conquistando.

Así en el de 1834 era nombrado Censor régio, teniendo por suplentes personas tan conocidas y estimables, como D. Ramon de Ciscar y D. Próspero de Bofarull. Apesar de lo grave de las circunstancias que en aquella hora atravesaba la nación, y en especial nuestro Principado, aceptó y desempeñó aquel cargo, sin crearse,— y Roca y Cornet gloriábase de ello tambien,— ni un enemigo personal. Previendo, sin embargo, que estaba próxima á estallar la tempestad, que hasta los ménos previsores veían adelantarse al través de las tenebrosas brumas que empezaban á extenderse por el horizonte de la política, hizo dimision de su destino á los ocho meses de ejercerlo, resuelto no tan solo á mantenerse ajeno, no indiferente, á las luchas de los dos bandos que entonces se disputaban con singular encarnizamiento el poder, sino hasta á no hacer acto alguno que diera ocasion á sospechar que estuviese en cualquiera de los dos afiliado.

En nueve de Agosto de 1836 abríale su puertas nuestra, por tantos títulos, ilustre Corporacion, la cual le confirió en diferentes ocasiones los cargos de Archivero y Bibliotecario, Secretario, Director de la seccion de literatura, y en sus últimos años de Vicepresidente; amén de las varias comisiones que encomendó á su

ilustracion é inteligente celo, entre las cuales pláceme recordar la muy honrosa de recoger y ordenar los manuscritos que se encontraran referentes á nuestra historia patria; la de redactar inscripciones latinas para varios monumentos públicos, y otras de no ménos importancia: cargos y comisiones que desempeñó nuestro laborioso consocio, más bien como un deber de conciencia, á que la posesion del título de académico le obligaba, que cual un medio que de ponerse en evidencia ó de hacer ostentosa muestra de sus conocimientos ó de su ingenio se le ofrecia. De su asidua asistencia á las sesiones, y de la parte que en sus discusiones ó deliberaciones tomaba, dan preclaro testimonio nuestras actas, cual ofrecen brillante muestra de su puntualidad en tomar activa parte en las tareas propias de nuestro instituto, la muchedumbre de memorias de asuntos variadísimos que presentó á esta Corporacion, de no pocas de las cuales conservamos todavía algunos de los que estamos aquí congregados gustosísimo recuerdo.

Pláceme tambien traer á vuestra mente, como una memoria honrosa para nuestro querido consocio y grata á algunos de vosotros, que desde que la reputacion, que de cada dia más iba conquistando con sus nuevas y más notables producciones, le granjeó mayor prestigio y autoridad en la Academia, y le puso en situacion de influir en sus acuerdos, él, que jamás conoció la envidia, que nunca cifró su gloria en rebajar la de los otros, antes por el contrario gozabase,—indicio de ánimo levantado y de corazon generoso,—en sacar de su oscuridad y alentar á los que, á su juicio, podian brillar algun dia en la república de las letras, fué de los que más parte tomó en que entráran á sentarse en estos escaños los que, jóvenes entonces, comenzaban á darse á conocer, unos por lo que ya á la sazón eran, otros por las esperanzas que hacian concebir: y ¡cuántos de vosotros, y yo con escasísimos merecimientos, debimos tal vez á la iniciativa del compañero cuya memoria venimos á honrar, el título de que por dicha nos encontramos hoy investidos!

Nueve años despues de su nombramiento de académico, en 25 de abril de 1845, recibia el diploma de sócio correspondiente de la Arqueológica Tarraconense; y si no logró desde entonces nuevas

distinciones literarias,—siendo así que de él jamás pudo decirse, según la tan usada como pintoresca y expresiva frase, que se durmiera sobre sus laureles, ya que parecía como que aumentaba en él la fiebre del trabajo cuanto más se internaba en el camino de la vida y eran más sazonados y abundantes los frutos de su inteligencia,—debe sin duda atribuirse á que, en su modestia, antes rehuyó, que fué en busca de los aplausos y de los honores; á que no consintió jamás en contaminar sus dedos con la moneda falsa de la lisonja, con que por desgracia y con harta frecuencia se compran unos y otros; á que en suma en sus trabajos más bien puso el corazón y la mente en las eternas recompensas que aguardan al justo más allá del sepulcro, que en las quebradizas y poco duraderas coronas que es dado á los hombres ofrecer á sus favorecidos.

No de tal suerte logró sin embargo sustraerse á los aplausos, que no llegara repetidísimas veces hasta él el grato ruido de los que al nombre del director de la *Religion*, del autor del *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, de la *Vida de Jesucristo* y otras obras suyas, prodigaban autorizadas voces de propios y estraños; ni tan olvidado le tenían los honores, que no le distrajeran á veces de sus amadas y provechosas tareas, ora para encomendarle (3 de diciembre de 1837) la censura de las obras que debían representarse en nuestro teatro; ora para que tomara parte, como miembro de la comisión local de Instrucción pública (5 de diciembre de 1843), en los útiles trabajos de su instituto; un día, para que con su acostumbrado celo y reconocida pericia, sirviera al gobierno como socio de la Dirección y Junta superior consultiva de los archivos de la Audiencia de Barcelona; otras veces para que formara parte de los tribunales de oposición á las cátedras de Historia, de Psicología, Ideología, Lógica y Retórica y Poética, de grato y al par tristísimo recuerdo estas últimas para todos nosotros, por cuanto en ellas ganó su título de catedrático, de que debía disfrutar tan breve espacio de tiempo, nuestro inolvidable amigo Piferrer.

Por otra parte el ilustre Colegio de notarios de esta ciudad, al que se honró siempre en pertenecer, —por más que hubiese ido descargándose del peso de sus tareas profesionales, hasta renunciar á ellas en 1868, en que sentía ya gran necesidad de reposo,— le dis-

tingió nombrándole para diferentes comisiones y encargos, y entre estos el de pasar á la Corte junto con D. Félix Falguera, al objeto de hacer al Gobierno en nombre del Notariado catalan, algunas observaciones, que redactadas por él vieron la luz pública, á la ley para el futuro arreglo de esa profesion.

En la sesion literaria de esta Academia del 24 de Enero de 1844, leíase por su secretario un oficio firmado por los Sres. Roca y Piferrer, participándole su nombramiento por el Excmo. Ayuntamiento de Sub-bibliotecarios de la biblioteca pública de esta ciudad. Nuestros dos amigos creyéronse, con justicia, obligados á prestar aquel homenaje de consideracion y respeto á esta Corporación, de la cual tantas y tan valiosas muestras de aprecio habia el primero recibido, y que cabalmente en aquel momento franqueaba sus puertas al segundo; á esta Corporacion á cuyos esfuerzos y á los de alguno de sus más influyentes y resueltos individuos,—y esto lo sabian bien los nuevos sub-bibliotecarios,—debiase en una buena parte que se hubiesen salvado del saqueo, de la destruccion y de las llamas, de que en dias de infausto recuerdo estuvieron expuestos á ser pasto, muchísimos de los tesoros literarios y científicos que se guardaban con inteligente celo y tradicional cariño en algunos de nuestros conventos; que no hubieran perecido para siempre impresos y manuscritos de inestimable valor á manos de los nuevos vándalos, que para acabar de una vez con la ignorancia que nos legaron, segun ellos, los siglos que llaman de barbarie, convertian en gigantescas hogueras aquellos monumentos bizantinos ú ogivales, sepulturas de nuestros antiguos héroes ó monarcas, museos riquísimos del arte cristiano, blasones inapreciables de nuestra antigua grandeza, y cuya pérdida no hemos podido compensar, porque por desgracia no tenemos el respeto á los antepasados, ni la fe, ni la verdadera inspiracion artistica que de ella nace, que se necesitan para producir tales maravillas. Eterno baldon á los demoleedores, sea cual fuere el disfraz con que se cubran, y la bandera bajo la cual se cobijen: loa y gratitud perdurables á los que, despreciando sarcasmos, arrostrando con severa frente los peligros, venciendo obstáculos y no escaseando fatigas, lograron salvar aquí y en otros puntos las librerías de las extinguidas comunidades religiosas y con-

servar tesoros de saber que fingen desdeñar no pocos, porque, acostumbrados á más fáciles glorias literarias, palidecen al pensar en la fatiga y el tiempo que les costaria tan solo el hojearlos, siquiera fuese para aprovecharse de ellos.

Permitidme que sin detenerme en reseñar las vicisitudes por las cuales pasó desde su creacion nuestra biblioteca provincial, ya que ni tengo espacio, ni competencia, ni es esta ocasion oportuna para hacerlo, os recuerde lo que casi todos vosotros sabeis, esto es, que los dos noveles bibliotecarios se consagraron con verdadero entusiasmo y sin igual celo y constancia á los difíciles y áridos trabajos de su cargo; y que nuestro consocio en los veinte y nueve años que estuvo en la biblioteca, ya con Piferrer, hasta que este pasó al desempeño de su cátedra; ya con otros compañeros que, segun cambiaba de índole aquella, le asoció el gobierno; ora bajara ó ascendiera en categoría; ora alcanzara, bien que mezquina siempre, remuneracion más ó ménos crecida, fué tan asiduo en el trabajo y en la ejecucion de este tan esmerado, cual de su puntualidad en el cumplimiento de su deber, de su habitual laboriosidad, de su aficion al trato de los libros, sus amigos desde la infancia, y de su amor el saber podia y debia esperarse.

Si bien Roca y Cornet puso especial empeño, como ya dejamos apuntado, en mantenerse apartado de las luchas de los partidos, por más que para figurar en ellos tuviera hasta de sobra las dotes de inteligencia necesarias, y las indispensables condiciones de honradez y de carácter,—á las cuales no se da hoy acaso la importancia debida;—jamás habia disimulado, antes por el contrario, habia hecho pública ostentación y defendido con inquebrantable constancia y sereno valor, hasta en épocas azarosas y en momentos de verdadero peligro, los sanos principios de la escuela conservadora, y las creencias católicas, que eran las creencias y los principios suyos, en la revista *La Religion*, primero, y despues y en union con Balmes y Ferrer y Subirana, en la *Civilizacion*. Y hé aquí porque aun no siendo, como hoy se dice, hombre político; ó más bien, porque no era tenido por tal, fué inscrito su nombre en una candidatura para diputado á Córtes, en las que fueron convocadas en 1844 para reformar la Constitucion del Estado. En aquella candidatura figuraban apellidos tan

ilustres y de reputacion tan acendrada, como los de los marqueses de Viluma y Puerto Nuevo, de Maresch y Ros, Ramon de Sarriera, Tomás Coma, Illa y Balaguer, dechado este último del antiguo menestral honrado de Barcelona, tipo que va por desgracia desapareciendo, y á quien nadie habrá aventajado en amor al país, y pocos en valor cívico. Aquellos apellidos eran una protesta viva contra los abusos del gobierno que acababa de ser derrocado, y una segura garantía de que con hombres de aquel temple debían desaparecer para mucho tiempo de las esferas del poder los que hacen de este una granjería, y de la intervencion más ó ménos directa en los negocios del Estado un medio seguro de improvisar colosales fortunas. Hé aquí lo que, recomendando aquella candidatura á sus conciudadanos, decian los autores de la misma :

«Hace más de un año que la Nacion, por un esfuerzo heróico, arrojó á Espartero, y de seguro que entonces se proponia algo más de lo que ha conseguido. ¿No es tiempo ya que se satisfagan sus deseos y se cumplan sus esperanzas?»

«No basta que tengamos trono; es menester que no hayamos de verle siempre amenazado: no basta que se hable de respetar la Religion; es menester que no veamos el culto sin recursos, y al clero mendigando: no basta que tengamos orden; es menester no verle siempre en peligro, sino afianzado para siempre: no basta que ahora no oigamos, como un año atrás, la gritería de las calles y el estampido del cañon; es preciso que esto no pueda repetirse, que no hayamos de abandonar como tantas veces nuestro hogar y fortuna para poner en salvó nuestras vidas; es preciso llegar á la raíz del mal y aplicar allí el remedio. Si los hombres honrados de todos los partidos no se unen para este objeto, olvidando sus desavenencias en obsequio del bien del país, quizás cuando quieran hacerlo será ya tarde.» Roca y Cornet no tuvo necesidad de consumar el sacrificio que gustoso se hubiera impuesto si la patria se lo hubiese exigido. Él nada perdió en el concepto de los hombres honrados en que su nombre no saliera triunfante de las urnas; al paso que las letras ganaron no poco en que no abandonára, siquiera fuese por breve tiempo, su provechoso trato.

Desde el dia en que se encerró, por decirlo así, en la biblioteca

hasta el de su muerte, la existencia de Roca y Cornet se deslizó tranquila y sosegada, á la manera de arroyo de pura y mansa corriente que pasa sin ruido por campos de verdura, que enriquece con copiosos frutos y esmalta con abundantes y variadas flores, compartiendo el tiempo entre los trabajos de su cargo, los cuidados de familia, y las tareas literarias, á las cuales parecía consagrarse con creciente ardor á medida que se acercaba el fin de sus días; cual si temiera, como el siervo de la parábola del Evangelio, no poder dar satisfactoria cuenta al dueño de los bienes de los talentos que de él había recibido, el día en que al volver de su viaje se la pidiera.

Aquel día llegó para él que fué nuestro amigo, y es de creer que al tomarle la cuenta del uso que había hecho de aquellos, pudo decirle el dueño que se los había entregado para que los beneficiara: «Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor (1).»

¿Tenía Roca derecho á esperar que le sería igualmente favorable después de su muerte el fallo que alcanzase en el tribunal de los hombres?

Permitidme, Señores, que antes de poner de manifiesto á vuestros ojos las piezas del proceso, esto es, sus numerosos trabajos literarios, para que con la necesaria cópia de datos podáis juzgar si la posteridad, que empezó para él el día siguiente al de su fallecimiento, ha sido tan justa en la sentencia que ha comenzado á formular acerca del que fué nuestro consocio, como presumo que lo fué en la suya el dueño de los talentos de la parábola, me detenga, siquiera sea breves momentos, en daros á conocer las circunstancias propicias ó adversas, en medio de las cuales se consagró á cumplir la elevada misión que la Providencia, que á todo atiende, que en todo interviene, que lo convierte todo en instrumento de sus designios, le había encomendado. En menos y más precisas palabras; permitidme que antes de bosquejar, examinando ó dándoos á conocer sus obras, el retrato del literato, del publicista y del filósofo,—que bajo tales conceptos merece y es de derecho que se juzgue á Roca,—ponga ante vuestros ojos el fondo sobre el cual ha de desta-

(1) S. MAT. cap. xxv.

carse aquel retrato: porque es ya casi un axioma, que por sabido y vulgar no merece ser repetido, que para juzgar con exactitud un personaje es necesario estudiarle antes con relacion al tiempo en que vivió y á las circunstancias que le rodearon: que tal encina, que puesta encima de desnuda peña y rodeada de árboles raquíticos nos parece de dimensiones colosales y como tal atrae nuestras miradas, quedà reducida por ventura á menos que el tamaño comun, si la vemos confundida en un encinar con otras de tronco igualmente corpulento y de no menos extenso y frondoso ramaje.

Partiendo de este concepto, espero que no encontréis fuera de propósito, antes tengais por muy conveniente que, con la brevedad que la índole de este trabajo reclama y me exige el temor de abusar de vuestra benevolencia, evoque algunos recuerdos y bosqueje, como quien dice, á la carrera, los dos períodos en que, á mi ver, puede dividirse la época literaria, de más de medio siglo de duración, en que vivió nuestro difunto consocio: el primero que va desde el 1814 hasta los años del 33 al 37, en quienes asoman para España los primeros albores del llamado romanticismo, y durante el cual vivíamos aun distraídos en los juegos de la infancia ó pisábamos los umbrales de la juventud muchos de los que aquí nos reunimos; y el segundo que se extiende desde aquella fecha hasta nuestros días, en el cual nacimos á la vida de las letras, permitaseme la espresion, algunos de los que nos sentamos hoy en estas sillas, y los que, todavía jóvenes, como Tió, Semis, Carbó, Piferrer y otros nos precedieron en el sepulcro; y al través de los cuales se desenvolvió y formó el ingenio de Roca y Cornet bañándose, por decirlo así, en las corrientes en dichos dos períodos reinantes, bien que sin perder el sello característico que á su talento poético y á su gusto literario habian impreso las lecciones de sus primeros maestros y las lecturas de sus juveniles años.

Varios de mis queridos é ilustrados compañeros que antes de ahora cumplieron el triste deber de depositar una corona de recuerdos en las tumbas de nuestros consocios cuya pérdida lloran todavía las letras catalanas, con igual motivo que yo, procuraron dar á conocer, casi siempre á grandes pinceladas, el movimiento científico y literario que tuvo lugar en esta nuestra ciudad en aquel primer pe-

ríodo; pero nadie, á mi ver, lo hizo con más detención y por consiguiente con más copia de datos, en ocasion de trazar la biografía de su maestro, el Dr. Marcé, que el mismo Roca y Cornet, quien se presentó modestamente cubierto con el blanco ropaje de neófito á tomar parte en dicho movimiento.

Fue éste, como os decía un instante hace, científico y literario. Debíose el primero, que lo fué tambien en el orden cronológico, ante todo y principalmente á las enseñanzas que se daban por profesores eminentes en las cátedras, fundadas algunas de ellas, como por ejemplo la de Náutica,—que ilustró primero como discipulo y más tarde como maestro el P. Agustin Cañellas,—desde fines del pasado siglo, por nuestra ilustre Junta de Comercio, digna sucesora de aquel antiguo *Consell de Vint*, á quien debieron las letras catalanas y el comercio marítimo la primera edicion (1502) del *Llibre del Consolat*, y Barcelona el primitivo edificio de la Casa Lonja, joya del estilo ojival; de aquel *Consell de Vint*, cuya historia, al igual de la de nuestro Consejo de Ciento, si alguno se encargase de trazarla, por lollena que apareceria de rasgos de respetuosa entereza, de actos de noble honradez, de pruebas de acendrado amor á la república, de preclarísimas muestras de ardiente celo en favor de los intereses del comun, haria asomar el carmin de la vergüenza en la frente de muchos de sus lectores, y les traeria de continuo á la memoria aquellos tan conocidos versos del epitafio del conde castellano Pedro Ansures:

*La vida de los pasados  
Reprehende á los presentes:  
Ya tales somos tornados,  
Que el mentar los enterrados  
Es ultraje á los vivientes.*

Debíose tambien en gran parte aquel movimiento científico al que se llamó *Establecimiento gratuito*, creado á principios del 1822 por nuestro municipio, agregado á fines de aquel mismo año á la Universidad literaria, y que subsistió aquí hasta la caída del denominado sistema liberal, y en el cual se enseñaban, entre otras materias, Física, Química, Botánica y Agricultura: á nuestra escuela de Medicina, que llegó á ser famosa entre las más renombradas de Euro-

pa; y por fin, á la Academia de Ciencias, de cuyas cátedras de Matemáticas puras y de Cosmografía, salieron no pocos de los que fueron despues lumbreras de las universidades de Madrid, Barcelona y otras.

A ingenios versados en tales materias, que no á mí, profano en ellas, corresponde trazar el cuadro de dicho movimiento, que no me toca más que indicar, y del cual delineó un ligero esbozo, con su acostumbrada maestría, nuestro querido consocio y particular amigo, el Sr. de Letamendi, al escribir la necrología de nuestro inolvidable Agell. Permitidme pues que me limite á recordaros entre los que á dicho movimiento contribuyeron ó fueron sus entusiastas continuadores, fijándome tan solo en los que ya descendieron al sepulcro, á Salvá, que presintió el telégrafo eléctrico; á Carbonell; al ya citado Cañellas, contado entre los astrónomos de mas fama de su tiempo; á los dos hermanos Yañez; á Hisern, Vieta, Roura, Llobet y Valllosera y al mismo Agell, nombres todos ilustres, y á los cuales tratarian con más veneracion y citarían con más respeto no pocos de nuestros pseudosábios si conocieran lo mucho que las ciencias les deben, y si no olvidaran que gran número de aquellos doctos varones gozaron entre propios y estraños una fama que no es fácil que logren ellos.

Con no menos lozanía que en el campo de las ciencias brotaba y extendía su frondoso ramaje, produciendo abundantes y regalados frutos; el árbol de la amena literatura, con ardor cultivado por unos pocos, pero valiosos jóvenes, de los cuales hubiera podido decirse, en general, que habian nacido á la vida de las letras con la madurez de juicio de la vejez unida en feliz maridaje con el entusiasmo y el fuego de la mocedad.

Permitidme tambien que ceda la palabra á nuestro difunto amigo, con lo cual, al par que os parecerá como que disfrutais algunos momentos de su compañía, tendreis el placer de oír de sus labios una descripcion más exacta y llena de vida que pudiera trazarla mi desmañada pluma, del despertamiento literario que siguió á los seis años de titánicos esfuerzos para lanzar de España á los franceses.

«Concurría entonces, escribia Roca refiriéndose al año 1814, á las aulas del Seminario,—que acababan de restablecerse, como mas

arriba dejó apuntado, despues de seis años de permanecer cerradas, —lo más selecto de todas las clases de la sociedad... y el Dr. Marcé tuvo la suerte y el placer de tener bajo su direccion literaria por varios años la *juventud dorada* de su tiempo... Así pues, el movimiento literario que apareció entonces en Barcelona, y que se manifestó mas tarde con la publicacion de *El Europeo*, periódico científico y de buen gusto, único de su clase que veía entonces la luz en España, se debió en gran parte á jóvenes amaestrados por el talento y fino tacto de aquel sabio humanista..... quien, saliéndose de las fórmulas y rutinas de la época que acababa de transcurrir, y como si presintiese una próxima regeneracion literaria, iniciaba á sus alumnos en el estudio de los más hábiles preceptistas, y les hacia saborear las bellezas de nuestros grandes modelos..... Empezaba realmente á manifestarse una decidida aficion á la literatura y á las ciencias; reuníanse los jóvenes en juntas y academias particulares; reorganizábase la de Buenas Letras, la cual llamaba á su seno á los más ilustres talentos; fomentábanse los buenos estudios, y esa aficion, ese anhelo hácia las letras que se deja sentir entre los goces de la paz tras largas y porfiadas contiendas, se dejaba conocer en algunas composiciones que se publicaban en el *Diario de Barcelona* y se reproducian en casi todos los demás de España, incluso los de la corte; pues muchos artículos pudiéramos citar publicados en dicho periódico, y reproducidos en el *Correo Literario* y en las *Cartas Españolas*. El teatro empezaba á enriquecerse con las obras de música de Rossini, Mercadante, Pacini y otros maestros, y con algunas piezas notables del moderno repertorio; el público formaba ya su gusto, así en el canto como en la declamacion, y nuestro teatro lírico gozaba de una reputacion europea. Las piezas dramáticas y líricas y todo lo concerniente al teatro pasaba por la ilustrada crítica del marqués de Casa Cagigal—quien en 1817 daba á luz en dos tomos, bajo el pseudónimo de Gil Gaca y con el título de *Vistas al teatro de Barcelona*, sus artículos de crítica dramática y escénica;—y los nombres de Avellá, Pujol, Casamada, Jaumeandreu, Muns, Aribau, Lopez Soler, Medrano, Llaró, Armet, Alié, Gallardo, Puig y Luca, Canyellas, Vieta, Sampons, Torres Amat, Alcóver, Suarez, Cabanyes, Mas (D. Sinibaldo) y otros, recuerdan una época

de desarrollo intelectual de que tal vez no puede gloriarse, proporcion guardada, ninguna otra capital de España: porque aquella animacion, aquella vida procedian del mismo pais sin auxilios ni estímulos extraños.»

Hasta aquí Roca y Cornet. Ignoro si para trazar este cuadro, ó porque tuviera imaginado escribir una reseña histórica más detallada de aquel movimiento literario, bajo todos conceptos notable, habia comenzado á formar una especie de tabla cronológica de las obras impresas en esta ciudad, desde el citado año de 1814, de los artículos de más mérito que se daban á luz en sus periódicos, y de las mejores ó más interesantes memorias que en sus academias se leian. Por desgracia los incompletos borradores en que consignaba tales datos no alcanzan más que hasta el año 1820. ¡Cómo se ensancha el pecho al ver que no eran tanta la ignorancia, ni tan grande el desprecio de nuestros buenos padres á las letras y á las ciencias, como han supuesto algunos noveles doctores, y con menzua de nuestro propio país, han creído con sobrada buena fé no pocos de sus discípulos! ¡Cómo goza el ánimo al pasar revista de las obras, muchas de ellas de provechosa enseñanza, que salieron en aquel breve periodo de nuestras prensas: al ver, en suma, que por el mismo tiempo que la Junta de Comercio imprimia, en forma de revista mensual, sus *Memorias de Agricultura y Artes*, publicacion con que hoy podria envanecerse, si en ella se diese á luz, la misma capital del reino, se estampaba un periódico de música, primero de los de su clase en nuestro suelo; y que al par que Aribau publicaba á la edad de diez y ocho años sus *Ensayos poéticos*, y los suyos Medrano, y daba al teatro su *Conde de Narbona* Altés y Gurena, y el *Diario*, convertido en una verdadera micelánea; proporcionaba mayor expansion, por decirlo así, y facilitaba aquel prurito de versificar, que segun expresion del mismo Roca, habíase apoderado de los jóvenes poetas, dábase ya á conocer á Byron, y se traducia un fragmento de su *Childe-Harold*; se publicaban vertidos al castellano *El Paraíso perdido* de Milton, y la *Veleda* de Chateaubriand, y se anunciaba una Biblioteca universal de novelas, cuentos é historias!

Verdad es que después del año 1823 y por efecto de las cir-

cunstancias anormales por que pasó el Principado, menguó algun tanto aquel movimiento, ó dió menos muestras de su existencia; pero como quiera que sea, con la vida que habia despertado en algunas inteligencias; con los estímulos que en pos de sí dejaba, y con las ideas que, por decirlo así, habia puesto en circulacion, preparó é influyó no poco en el renacimiento literario que debia tener lugar pocos años despues, y en que nos ocuparemos mas adelante.

Roca y Cornet tomó parte, casi desde niño, en aquel movimiento, aumentando el caudal de sus producciones, por de pronto con los primerizos y todavía no sazonados frutos de su naciente ingenio; más tarde, y ya en su mocedad, con obras que competian unas y levantábanse otras por cima de las de sus compañeros de aficiones literarias.

Con gusto detendríame en esta primera edad de la existencia literaria de nuestro antiguo consocio; si lo largo del camino que me falta todavía andar, no me avisára que debo apresurar el paso, para no exponerme á que disminuya vuestra benevolencia para conmigo, al par que aumente la fatiga de seguirme. Y es que en ella, —y por eso me parece más digna de ser estudiada,—muéstrase ya Roca cual le veremos más tarde, cuando—ostentando en su derecha el diploma de sócio de nuestra Academia, y en la izquierda su limpia cuanto brillante ejecutoria de nobleza literaria, en que constaban los títulos de las numerosas producciones con que habia conquistado aquel honroso diploma,—se presentó á reclamar uno de los primeros puestos entre los jóvenes que formaron más tarde aquella numerosa pléyada de entusiastas amadores de las bellas letras, de quienes pudo con razon decir uno de ellos que, á pesar de sus diversas tendencias y aficiones literarias, se les hubiera podido agrupar bajo una sola bandera y en una sola denominacion, á saber, «la de entusiastas admiradores de Walter-Scott.» Y es que en aquel primer período de su vida, y á la manera que por punto general fijanse en el semblante del hombre en su mocedad los rasgos fisionómicos que han de conservarse en él hasta la vejez, fijábanse igualmente en la fisonomía literaria, y aparecian en los juveniles ensayos, así en prosa como en verso, de Roca,—salvas las ligeras modificaciones que son efecto de la edad, de una mayor cultura y hasta á ve-

ces de la influencia, en mayor ó menor grado inevitables, de nuevas teorías literarias,—las mismas cualidades estéticas, los sentimientos mismos, idénticas aspiraciones, iguales tendencias, la predilección misma por los asuntos religiosos y morales, que aparecerán en las producciones de los últimos períodos de su vida.

De rutinario calificarán por ventura algunos aristarcos este proceder; de apocamiento de ánimo,—indicio y efecto de falta de ingenio, de pobreza de fantasía y de frialdad de corazón,—acusarán acaso otros al que siguió tal conducta: nosotros la consideraremos como consecuencia necesaria y digna de loa de quien, á la vez que adornaba su inteligencia con conocimientos escogidos y sólidos, y fortalecía su razón con el estudio de las verdades cristianas, fundaba su educación literaria, no en ligeras y desordenadas lecturas; no en los caprichos de mudables escuelas, que hacen que los que, tomando maneras y nombre de literato, obedecen sus volubles preceptos, se crean precisados á cambiar los libros que adornan sus estantes, cual cambia veleidosa dama, según lo exige la moda, los elegantes jarrones y perfumes de su tocador; sino en los invariables preceptos del buen gusto, que así obligan al clásico como al romántico; tanto al que pretende imitar los arrebatados vuelos de Píndaro, como al que sigue la lenta y compasada marcha de las melancólicas estancias de Petrarca; así al que gusta del elegante y estudiado movimiento de las odas morales de Horacio, como al que goza en las arrebatadoras y sublimes inspiraciones de los Profetas; por igual manera á aquel que se complace en los bien delineados y mejor coloridos cuadros de la Iliada, que el que se recrea en las sombrías y vagas narraciones poéticas de Ossian.

Roca y Cornet, decíamos un momento antes, entró casi niño á tomar parte en el movimiento literario de su tiempo, como lo prueba su oda á la *Expedición ultramarina*, que publicó en 1819 en el *Diario de Barcelona*, cuando acababa de cumplir los quince años de edad. Diez más tarde, y después de varios ensayos en los cuales, al par que cierta inexperiencia en la ejecución y un gusto todavía no depurado, manifestábase ya más soltura y esmero, efectos del frecuente comercio con las Musas;—ensayos que, con escasísimas excepciones, tuvo el laudable acierto, no muy frecuente en jóve-

nes de su edad, de no comunicar al público,—dió á luz su elegía á la muerte de la virtuosísima reina D.<sup>a</sup> María Josefa Amalia, que debía formar época en su vida literaria, á juicio de su amigo Cabanyes; quien, dividiendo como en dos grupos las obras poéticas que Roca había sometido á su censura, al par que con amistosa llaneza le aconsejaba que se mostrara rigurosísimo, implacable, con los versos que había escrito antes de aquella elegía, le indicaba que desde la misma en adelante podía darlos todos á la estampa (1).

Tengo para mí que Roca y Cornet no ha sido estimado como poeta lírico, tanto como por ventura merece serlo. Por mi parte he de confesar, y perdóneme mi buen amigo, que hasta que en cumplimiento del triste, al par que grato deber que con mejor voluntad que acierto estoy desempeñando, lei con más detenimiento y más seguro criterio sus principales, y por él más estimadas obras poéticas; de muchas de las cuales no tenia siquiera noticia, no conocí lo que bajo aquel concepto valia; viéndome obligado á rectificar,—y fácilmente adivinareis el íntimo y verdadero gozo que al hacerlo he experimentado,—el juicio que de él, como poeta, habia tal vez sobrado de paso formado por la sola lectura de algunas poesías de circunstancias ó hechas de encargo, y quizás con cierta prevencion, nacida de mis especiales aficiones literarias, no del todo conformes,—¿á qué negarlo?—con las de mi querido amigo.

Duéleme en el alma, como amante de las letras, y aflígeseme el corazón como natural de este país, á cuyos hijos se les ha considerado apegados con exceso á los intereses materiales, y poco ménos que incapaces de producir ni amar las gayas y bien olientes flores de la poesia, que su sobrada modestia impidiera á Roca dar á la estampa coleccionadas muchas de sus poesías; que no se moviera á satisfacer el deseo de su amigo, el citado Cabanyes, cuando le excitaba á que «siendo como él osado, diera á luz las varias composiciones que tenia, y formara con ella un volumen más abultado que el suyo,—aludia á los *Preludios de mi lira*—y sin duda más variado (2)». De haberlo hecho así, de haber puesto en ofrenda en el ara de

(1) *Producciones escogidas de D. MANUEL DE CABANYES*, edicion de 1858, pág. 78.

(2) Obra citada, pág. 74.

su patria, por él tan querida, un escogido ramillete de flores tan lozanas y de precio tan subido, como lo son, la elegía ya citada, la oda á la Asuncion, que aquel su amigo calificaba de lindísima; las destinadas á celebrar, la una la memoria del Ilmo. Amat, arzobispo de Palmira, y la otra el arrivo á España de doña María Cristina de Borbon; el canto elegíaco al Santo Sepulcro, de grato sabor bíblico, y otras dignas de figurar entre las escogidas de nuestro Parnaso clásico moderno, no habria hoy quien se atreviese á negarle el segundo lugar en la que Quintana llamaba escuela catalana, y tendríamos otro volúmen de buenos versos que oponer á los que nos motejan, con sobrada ligereza, de poco aptos para los trabajos literarios.

Al propio tiempo que como poeta, dábase ya Roca á conocer en aquel primer período de su vida literaria como aventajado escritor religioso y moralista, y como crítico. De ser lo primero dió pruebas repetidas en los numerosos artículos que sobre moral y religion publicó en el mencionado *Diario de Barcelona*, del cual por muchos años fué, por decirlo así, redactor único. De lo que valia bajo el segundo concepto dejó un testimonio de gran precio en su *Juicio crítico de D. Leandro Fernandez de Moratin, como autor cómico*, que con el pseudónimo de Inarco Cortejano, imprimió en 1833; siendo además de los primeros, que sepamos, que dieron á conocer aquí á Lamartine, cuyas *Meditaciones poéticas* no dejaron de ejercer influencia en su gusto literario; que llamaron la atencion sobre Walter-Scott y sus inmortales novelas, que por entonces empezaba á publicar en su *Biblioteca de damas* la casa editorial de Bergnes y Compañía; y que iniciaron á sus compatriotas, despues de la desaparicion de *El Europeo*, en los principios de la nueva escuela literaria, cuyos principales y más fogosos representantes en Francia, de cuya nacion la recibíamos ya desviada de su primitivo y más regular camino, eran Dumas y Victor Hugo, quienes en el lleno á la sazón de su calenturienta y arrebatadora actividad, daban á las tablas y á la imprenta, desde los años de 1824 al 1834 aquel sus dramas, y este sus *Odas* y *Baladas*, su *Cromwell* (1827), con el famoso prólogo que debia ser el código poético de la escuela romántica más exagerada; *Las Orientales* (1828), *Nuestra Señora de Paris*, *Las Hojas de Otoño*, (1834),

*Hernani, Lucrecia Borgia*, y algunas otras producciones escénicas.

Por más que al publicar sus escritos en prosa ó verso, no los firmára, ó cuando más pusiera al pié de ellos sus iniciales, ó los suscribiera con los pseudónimos de Cintio, Lampillo y otros, el nombre de Roca y Cornet era ya entonces de todos conocido y respetado. Nuestra Academia creyó pues que habia atesorado en aquellos años méritos más que suficientes para abrirle sus puertas, y nuestro querido consocio entró, como os decia en otra parte, en 9 de Agosto de 1836, á ocupar una de sus sillas, y á tomar parte en sus tareas en el mismo dia en que lo verificaban D. Antonio Bergnes de las Casas, hoy jubilado, D. Pedro Labernia, D. Ramon Martí y Eixalá y D. Miguel Mayora, nombre grato el primero de los tres últimos, á los cultivadores de nuestro querido idioma; de esclarecida fama el segundo como legista y como filósofo, y sábio é inteligente investigador de nuestras antigüedades el tercero.

En aquel mismo año tuve el gusto de conocer personalmente á Roca. Nombrado con otros compañeros para presentarme á exámenes públicos de economía política en la cátedra que de esta ciencia sostenia á la sazón nuestra ilustre Junta de Comercio, y debiendo escribir para aquel solemne acto un discurso, siendo así que apenas sabia entonces poner en el papel la pluma, acudí á él para que tuviese la bondad de revisar y corregir aquel mi primer ensayo. Roca y Cornet era conocido de mi buen padre (q. e. p. d.), á cuya tienda de libros viejos, punto de reunion durante muchos años de cuantos cultivaban las letras en esta ciudad, concurría á veces. Dispensóme el favor que le pedia, y desde entonces el discípulo agradecido esforzóse en pagar en veneracion y respeto, ya que en otra moneda no podia, lo que debia al maestro, el cual á su vez, dispensó al discípulo su amistad y su cariño. Este cariño y esta amistad fueron en aumento con los años. La última duró hasta que la muerte se llevó á uno de los amigos; aquel durará en el corazon del que queda, cuanto dure su vida.

Por entonces comenzaba para nuestro antiguo consocio una nueva era literaria. Su querido amigo Cabanyes habia, como sabeis, bajado al sepulcro en la temprana edad de 24 años, dejando al par

que un gran vacío y un gran dolor en el pecho de Cintio, un tristísimo recuerdo y un vacío inmenso en la escuela poética catalana, de la cual era el más valioso representante: Aribau había dirigido su último melancólico á Dios á las montañas de su patria, y lloraba de nostalgia á la sombra de las torres de Castilla, algo distraído del trato de las Musas que le habían inspirado aquel su magnífico canto de despedida: de los otros amigos de Aribau, de Cabanyes y de Roca, Sinibaldo Mas, había partido hacia algun tiempo para hacer, pensionado por el gobierno, un viaje por los países que habían sido teatro de las correrías y hechos de nuestro esclarecido paisano Badia y Lebrich, más conocido en la Europa sábia por el nombre de Ali Bey, á fin de recoger los datos y objetos científicos que había éste atesorado en sus viajes por Asia y Africa: Lopez Soler había trocado su pincel de novelista por la pluma de escritor político: Suarez, maestro que fue de griego de Cabanyes, y poeta igualmente aventajado, habíase distraído tambien por otras tareas de sus aficiones artísticas; de suerte que de los jóvenes que se habían distinguido en el período literario que entonces tocaba á su término, no quedaban, cultivando las letras, más que Roca y Cornet y algunos pocos, y entre estos Cortada, quien había empezado á darse á conocer desde 1833 con la publicacion en aquel año de sus dos novelas *Tancredo en el Asia* y *La Heredera de Sanguni* y la traduccion en verso catalan del bellissimo poema de Grossi, *La Noya fugitiva*.

Tambien por entonces estaba verificándose un notable cambio en las ideas y gustos literarios, que aunque venia anunciándose de algun tiempo antes, y hasta ejerciendo cierta influencia en los juicios y sentimientos de algunos de los escritores, y hasta en el espíritu y las formas de las más recientes producciones de la escuela que iba á desaparecer, no había llegado todavía á su cabal desenvolvimiento. Mas como en aquel punto y hora asomara en los confines de la república de las letras una nueva generacion educada y formada casi exclusivamente en los principios y lecturas de la moderna poética, y resuelta á seguir y hacer triunfar sus preceptos, de los cuales había hecho su símbolo y su bandera de combate, verificóse al parecer de repente y como sin transición una separacion de las dos escuelas, quedando dueña del campo la que, obedeciendo

más á las fogosas inspiraciones del sentimiento y de la fantasía que á los templados consejos de la reflexión, acababa de abrazar aquella generacion apasionada por el arte.

Fácilmente adivinareis los que no alcanzasteis aquellos tiempos X que no sin luchas lograron sobreponerse á los principios de la antigua los de la escuela nueva. Y en efecto tan brava y prolongada fué la contienda entre los llamados clásicos y románticos, y tantas las lanzas que se rompieron para sostener unos y otros el honor de su bandera y la excelencia de los motes en ellas inscritos, que el público, que por lo general asiste distraído ó indiferente á las luchas literarias, acabó por tomar vivísimo interés por aquella, y hasta alentó con sus aplausos y premió con sus coronas á los que combatian por la nueva poética, armados de punta en blanco, ó vestidos de accorada cota de malla y cubierta la cabeza de casco con visera, con lanza de blasonada banderola, ó bien con largo y tajante mandoble de cruzado puño. ¡Estaba tan harto de ver lucientes cotas de escama, y bronceados capacetes con ondulante cimera, y espadas cortas de dos filos, y clámides, y togas, y mantos y túnicas griegas y romanas!

No faltaron, es verdad, quienes, heraldos de paz, echando su cetro X entre los torneadores, aspiraran á poner fin á la encarnizada lucha, buscando términos de avenencia entre uno y otro bando. Roca y Cornet fué uno de ellos, y tan lèjos llevó sus propósitos de conciliacion, que en una serie de artículos que con el título de *Clásicos y Románticos* dió á luz en el tantas veces citado *Diario de Barcelona*, pretendió convencer á unos y otros que las dos escuelas por las cuales combatian eran hermanas, fundándose en que una y otra pretendian llegar á la produccion de la belleza por medio de la imitacion de la naturaleza, principio y causa, segun él, del placer estético.

El propósito de nuestro antiguo consocio de que los mantenedores de una y otra escuela soltaran las armas de las manos, haciéndoles ver que era una misma la dama de sus pensamientos por quien unos y otros se batian, tenia tanto de digno de loa, como de falto de fundamento é irrealizable. Roca y Cornet obraba preocupado, pero lo estaba de buena fé. Hallándose en la alternativa para él dolorosa, ó de continuar abrazado á la vieja bandera, bajo cuyos pliegues habia

combatido hasta entonces, ó de alistarse en las filas de los que en el otro campo habian desdoblado al viento la suya; repugnándole no menos abandonar la enseña bájó la cual habia alcanzado sus primeros, y por ser tales, más preciados laureles, que presentarse cual recluta á combatir á la sombra de la nueva, quiso persuadirse á sí propio, y abrigó por ventura la ilusion de que podría convencer á los demás, que eran en realidad idénticos, por más que en apariencia opuestos, los motes en uno y otro pendon inscritos; y en sus ensueños de conciliacion creyó acaso verlos ondear juntos y entrelazados, cual se entrelazan y juntan en uno, en el momento de firmarse una paz, los estandartes de dos campos un momento antes enemigos. Y sin embargo, ¿qué diferencia entre la poética de Martinez de la Rosa y los principios sostenidos en el discurso sobre las unidades dramáticas de Manzoni, y sobre todo en los prólogos de Cromwell y de las Odas y Baladas de Victor Hugo?

La lucha con tanto calor entablada y con no comun habilidad por uno y otro bando sostenida siguió, y el romanticismo triunfante continuó su camino, hasta que fué perdiendo terreno en el buen concepto y estimacion aun de sus más entusiastas defensores, más que por efecto de las acusaciones y de las sátiras de que era objeto, á impulsos de las exageraciones de sus torpes cultivadores, que daban motivo fundado y excusable pretexto á aquellas acusaciones y burlas. Del romanticismo quedó, pasados algunos años, lo que era natural que quedára; á saber, lo que en él estaba cimentado en las leyes del buen gusto y en los principios fundamentales é invariables de la ciencia de lo bello: lo que en él se introdujo de exagerado, de convencional, y de efecto de sentimientos ó pasiones bastardas, ya al pasar por Francia, ora al desbordarse entre nosotros al salvar los Pirineos, blanco ya del desprecio de las personas de más sano criterio, continuó siendo, á manera de manjar cargado de especias, comida predilecta de estómagos estragados, y objeto preferente de la admiracion del vulgo. Cuando una parte del público habia dejado ya de asistir á las representaciones escénicas de *Lucrecia Borgia* ó *Margarita de Borgoña*, con las cuales llenábase pocos años antes de bote en bote nuestro teatro, otra parte del público aplaudia aun con frenesí *Lázaro* ó *el Pastor de Florencia* y *El Campanero de San Pablo*.

Desde entonces han transcurrido bastantes años para que nadie se acuerde de las apasionadas polémicas que entre clásicos y románticos se entablaban á cada nueva producción notable que veía la luz pública; ni del afán con que se agolpaba la gente á las puertas del teatro, y del entusiasmo con que aplaudía las que eran consideradas como obras maestras de la escuela dramática que á la sazón privaba. El público de hoy se reiría de aquellas contiendas literarias, que calificaria de pueriles, si por azar volviesen á suscitarse: el público de hoy, que en su mayor parte, según expresión de un crítico madrileño, se ha vuelto vulgo, se gloria de despreciar los dramas de Dumas al igual de los de Bouchardy; pero al hacerlo, no es porque repugnen á su refinadísimo gusto estético por ser literariamente malos; sino porque va al teatro, según confesión propia, para divertirse y no para experimentar emociones fuertes; y por lo tanto prefiere reír á carcajadas con los groseros y en demasía intencionados chistes del *Jóven Télémaco*, á conmoverse ó llorar siquiera sea con la más perfecta y mejor interpretada tragedia de la escuela clásica. A los que en este horror á lo sentimental y patético, más ficticio que real, ya que no estorba á muchos que hacen alarde de él de hartar sus ojos en los sangrientos episodios de una corrida de toros, creen ver un testimonio del perfeccionamiento de la cultura, les dejaremos con su ilusión: nosotros creemos que si fué un grave síntoma de decadencia en el gusto literario, de funestísimo efecto para las costumbres, pasar de *Catalina Howard* al *Campanero de San Pablo*, lo es, más alarmante y de más perniciosas consecuencias para el gusto estético y para la moral pública, caer desde el drama de Bouchardy á las con exceso indecorosas chocarrerías de los Bufos: y al pensar en ello, se nos viene, sin querer, á las mientes que cuando el público romano aplaudía las obscenidades é irreverentes burlas á sus dioses, casi ahogadas en multitud de bellezas artísticas, de las comedias de Plauto, aquel pueblo, aleccionado por otra parte por los grandes ejemplos de virtud y de patriotismo de sus patricios y tribunos, era todavía bastante grande y poderoso para vencer á Aníbal en Zama, para derrotar á Filipo de Macedonia en Cinocéfalos, y para humillar á Antíoco el Grande en Magnesia: pero que cuando, extinguido el patriciado y olvidados los glo-

riosos hechos de sus antepasados, y hasta escarnecidas las antiguas virtudes, entusiasmábase aquel mismo pueblo ante los lúbricos gestos y torpes dicharachos de los Mimos, vislumbrábase ya cercano el día en que «convertida Roma en cloaca de inmundicias,» debía ver hollados sus anchos foros y elegantes pórticos por los bárbaros de Alarico, Genserico y Odoacro.

Mas dejando á un lado tales recuerdos y las consideraciones á que pudieran dar lugar, vengamos ya á nuestro propósito, que no es otro que bosquejar en brevisimo espacio el nuevo movimiento literario que comenzaba á manifestarse, causa y efecto á la vez de aquella lucha de las dos escuelas, de mucha más importancia, sin disputa, y de más trascendentales consecuencias que el que acababa de desaparecer.

Si es una verdad que todo renacimiento intelectual y su especial índole se anuncia y manifiesta por la mayor actividad con que funcionan las prensas, y por la clase de obras que de ellas brotan, presumo que no habeis de estimar como dato de escaso valor é inoportuno para apreciar la importancia y el carácter del que á la sazón verificábase, que os recuerde, no solo el gran número de obras que se daban entonces á luz en esta ciudad, no inferior quizás al que producian las prensas madrileñas, sino la índole de muchas de ellas, en completa consonancia, como no podja ménos de ser así con las aficiones en el público dominantes. Y si bien es, por desgracia, harto cierto que á la sombra de la excesiva tolerancia que en ciertos momentos respecto de la prensa se observaba, algunos editores, mas atentos á sus intereses materiales que á los morales y religiosos, dieron á la estampa obras que en sus últimos días quisieran acaso no haber publicado; en cambio los periódicos anunciaban, hoy la venta de *La Estrangera*, de *El Solitario* y de otras de las más renombradas novelas de Alincourt, idolo del romántico de largas melenas negras y ojerosa mirada que pasaba la vida dirigiendo trobas á la luna ó endechas á los sepulcros, y de la jóven de pálido semblante y ojos melancólicos que vivia muriendo desesperanzada de hallar un corazon que la comprendiese; otro dia la *Atala* ó el *Renato* de Chateaubriand, obras de lectura para gustos más delicados; hoy las más escogidas novelas de Walter Scott, con afan esperadas y

con no menor afán una y otra vez léidas por todos, lo consigno con orgullo, por todos los que de amantes de las buenas letras preciábanse: mañana los *Novios* de Manzoni, magistralmente vertidos al castellano por D. Nicasio Gallego, y puestos por los inteligentes al nivel de las mas famosas producciones del autor del *Anticuario*.

Facilitaba tambien no poco la difusión de las nuevas ideas, y contribuía no ménos á dar más calor y extensión á aquel movimiento la prensa periódica política, cuyos principales representantes, el *Diario de Barcelona*, *El Catalan*, *El Vapor*, *El Guardia Nacional* y otros, dando alguna mayor importancia, á pesar del desasosiego general y del continuo reñir de los partidos, á las cuestiones literarias que la que les atribuyen hoy los periódicos de igual clase, ó convertían sus columnas en público palenque donde se ventilaban ó discutían las cuestiones más en boga, ó las franqueaban generosamente á los noveles escritores, para que dieran á conocer al público las primicias de su ingenio. Tal vez por esto, y por ser las revistas literarias plantas todavía exóticas entre nosotros, no lograron estas echar raíces en nuestro suelo, por más que el público participara no poco del entusiasmo artístico de que se hallaban poseidos todos los que las bellas letras cultivaban. En medio, sin embargo, de las tentativas que en distintas ocasiones se hicieron para crear y sostener periódicos de aquel género, alcanzaron más larga vida,—dejando á un lado las tres famosas revistas *La Religion*, *La Civilizacion* y *La Sociedad*, que se sucedieron una á otra, y en las cuales nos ocuparemos muy pronto,—el titulado *Museo de las familias*, primera publicacion, que yo sepa, de su clase que vió la luz en España, y en el cual se insertaban de vez en cuando notabilísimos artículos de la *Revista británica*, que se hallaba quizás á la sazón en la edad de oro de su existencia, y mas tarde el *Heraldo*, que no sin arrostrar peligros personales, sostuvieron por espacio de ocho meses sus redactores el malogrado Tió, Collar y Buerens, que ha bajado no hace mucho tiempo al sepulcro, y D. Francisco Fors de Casamayor.

Os decia antes, y repétia hacé poco, que el público participaba á la sazón del entusiasmo de que estaban poseidos los que al cultivo de las bellas letras se consagraban. Mas, ¿qué extraño que así fuese

si se vivía entonces, y no lo tomeis á exageracion, como en una atmósfera de arte: si mientras los que nos sentíamos con más ó ménos vocacion ó aliento para prestar ardoroso culto á la diosa de lo bello, fascinados por ella, como los reyes del mar de las baladas noruegas por las seductoras Ondinas que les arrastraban al fondo de sus palacios submarinos de coral y nácar, ora nos asociábamos para formar academias literarias; ora más que leyendo, pasábamos las horas devorando, un dia el *Fausto* y el *Gätz* de *Birlichingen* de Goethe, y los dramas de Schiller; otro el *D. Juan*, el *Manfredo* ó las poesías líricas de Byron, y el *Juan de Malara* de Alejandro Dumas: hoy admirando las novelas de Walter Scott y los *Novios* de Manzoni; y al dia siguiente las *Orientales* de Victor Hugo, las *Mesemienas* de Delavigne y la *Caida de un Angel* de Lamartine: tan pronto entusiasmándonos con los poemas de Ossian, como con el *Macbeth* de Schakspeare, como con las obras maestras de nuestro teatro, para por la noche, reunidos en la más retirada sala de un café, ó por ventura en un rincon de un cuerpo de guardia, departir acerca de aquellas lecturas, y comunicarnos unos á otros las impresiones que de ellas habíamos recibido: qué extraño si mientras todos los que de amadores de las bellas letras se preciaban y aspiraban á poseer la difícil habilidad de expresar con pureza y propiedad sus conceptos en el habla de Leon, de Granada y de Cervantes, reuníanse para escuchar las lecciones de gramática y composicion castellanas, que generosamente les daba D. Mariano Gonzalez, el modesto y poco conocido autor de la novela en lenguaje antiguo, llamada *El Caballero de la almanaca*, conocedor, como pocos, de los secretos y de las riquezas de nuestro magestuoso y dulcísimo idioma: qué extraño si mientras un grupo escogido de jóvenes pintores, cuyos nombres no cito porque por fortuna viven todos, entusiastas admiradores del arte cristiano, y formados en el estudio de las inspiradas creaciones del Giotto ó del Angélicó, en la meditada lectura del Dante, y en las enseñanzas del grande Owerbech, ofrecian á la admiracion de sus amigos, unos sus místicas vírgenes y sus ángeles bellísimos; otros el cuadro del Samaritano, el enterramiento de Moisés y la encantadora pintura de la Melancolía: qué extraño, en suma, si mientras poetas, y músicos y pintores vivian tan solo por y para el arte, el público, igual-

mente ganoso de emociones artísticas, agolpábase con horas de anticipacion á las puertas de nuestro teatro, reputado todavía entonces, y con justicia, como de los primeros entre los líricos de Europa, para gozar con las melodías, no pocas veces de carácter popular, ricas siempre de sentimiento, de la *Straniera*, la *Sonámbula* y la *Norma* de Bellini, cuya reciente muerte parecia que añadía un nuevo tinte de melancolía á la que brota de cada una de sus notas; ó con las obras maestras de Rossini y de Donizzetti, magistralmente interpretadas por los más renombrados artistas de aquellos tiempos; ó para aplaudir los armoniosos versos y las conmovedoras escenas del *Trovador*, representado por Matilde Diez y Romea, esperanza y orgullo ya de nuestra escena; y más tarde el *Zapatero y el Rey* y el *Rico hombre de Alcalá*, hábilmente desempeñados por García Luna y la simpática Palma; y la *Margarita de Borgoña* y la *Mujer de un artista*, cuyos papeles de capitán Buridan en aquella, y de artista en esta, ejecutaba de una manera inimitable el inteligente y ya casi en el día olvidado Mate?

¿Y porque, ya que tales recuerdos evocamos, tan gloriosos para nuestra ciudad querida, y á los que en aquella atmósfera vivíamos tan gratos, no hablar también de la parte que en aquel movimiento intelectual tomó nuestra Academia? Sé que en nombre vuestro hablo, y no olvido cuán mal sienta el elogio de sí mismo en boca propia; pero sé también que en el momento actual estoy haciendo oficio de cronista, y obligación de éste es no ocultar á la historia, por más que en ocasiones dadas repugne á su modestia hacerlo, los datos de que tiene necesidad para esclarecer los hechos.

De que además de ocuparse esta Corporacion con laudable asiduidad en las arduas y provechosas tareas de su instituto, que es el estudio y el esclarecimiento de nuestra historia patria, atendía para alentarle y protegerlo, hasta donde su acción alcanzára, á todo despertamiento científico y literario que fuera del tranquilo recinto de sus paredes se iniciára ó desarrollara, dan claro testimonio el afán y la solicitud casi paternales, permitaseme el calificativo, con que abría sus puertas á cuantos por su probado amor á los estudios históricos y al cultivo de las bellas letras distinguíanse. Y pruébalo el que apenas puede citarse un nombre de las personas doctas

estimado, que no se halle inscrito en nuestros libros de actas:

Mas si en todas épocas háse honrado nuestra Academia con el titulo de protectora del saber y de los que, ansiosos de llegar al templo donde se le rinde culto, arrójanse sin detenerse á pensar en los obstáculos y asperezas de que están sembrados, á recorrer los caminos que á él conducen, parece que en la época que historiamos puso en alcanzar aquel titulo más decidido empeño. Un año antes (1835) que á Roca y á sus ya citados compañeros Bergnes, Labernja, Martí de Eixalá y Mayora, invitaba á tomar asiento en sus codiciadas sillas á Bastús, Llobet y Cortada. Dos años despues (1837) franqueaba sus puertas á Bertran y Ros (D. Felipe), Buxeras, Cil y Puig y Esteve; un poco más tarde (1838) á Roig y Reig; mas adelante (1841) á Balmes; y cuando en 1844 volvía á reanudar sus tareas, por espacio de año y medio interrumpidas á causa de los disturbios políticos, llamaba á su seno, entre otros varios que por fortuna-todavía viven, á Piferrer, el ingenio de más instinto artístico que ha producido nuestro suelo en lo que va de siglo.

Ni con ser tan estimada aquella distincion, ni de tanta eficacia como estímulo, creyó que bastaba ella sola para el más fácil logro de sus propósitos; y de ahí el que, considerando como de más inmediato y provechoso resultado la celebracion frecuente de públicos certámenes, anunciára el primero de los que se proponia celebrar, que debía ser principio de la restauracion de los ya olvidados Juegos florales, y en el cual se dió entrada á nuestra querida lengua catalana, á la sazón de poquisimas personas conocidas y por ménos cultivada. Un compañero vuestro, como sabeis, que ocultándose por espacio de cerca de dos años tras el pseudónimo de *Lo gayter del Llobregat*, habia intentado, —cónstame que con ánimo resuelto y buena voluntad, ignoro si con acierto,—volver por los fueros de nuestro por demas despreciado idioma, alcanzó en aquel certámen el primer lauro.

Pero los acontecimientos politicos que vinieron en pos del llamado Pronunciamiento de setiembre, fueron por desgracia causa, no tan solo de que tuviese que aplazarse la celebracion de aquel certámen, sino de que no pudiera nuestra Academia cumplir su lau-

dable intento de celebrarlos en los años sucesivos. ¡Mas ay! y perdonadme este triste recuerdo; ¿qué podía hacer este ilustre Cuerpo bajo una situación que se deshonraba á sí misma y nos ponía en ridículo á los ojos de la Europa sabia, arrojando de su destino de archivero al insigne D. Próspero de Bofarull, á la sazón su presidente?

Y sin embargo, apenas se derrumbó aquella situación política por obra de sus mismos autores y con casi universal aplauso, y cesaron las revueltas que siguieron á su estrepitosa caída, tornó este Cuerpo á reanudar sus interrumpidas tareas, y quiso, por decirlo así, rejuvenecerse, franqueando de nuevo sus puertas en aquel y en los años sucesivos á los que, llenos de juventud y de entusiasmo, podían ayudarle en sus trabajos. Entonces fué cuando nos sentamos en estos honrosos sitios varios de los que hoy vivimos después de haber visto desaparecer, además de algunos de nuestros jóvenes compañeros, aquella venerable generación de varones ilustres por su saber; respetables algunos por su ancianidad, pero en quienes el hielo de los años no había entibiado el amor al estudio; muchos que habían sido nuestros maestros, y todos preclaros por sus virtudes; y en cuyo ejemplo, al mirarnos en ellos como en purísimo espejo, aprendíamos á amar á nuestra patria cual si formase parte de nuestra existencia; á interesarnos por la conservación de sus monumentos ó de las venerandas ruinas, en nuestras agitadas ciudades y en los devastados campos acumuladas por la guerra ó la codicia de ambiciosos especuladores; á buscar en el cultivo de las letras solaz y descanso á las tristes realidades de la vida; á mantenernos alejados de las ardientes luchas de los bandos políticos, sin mostrarnos indiferentes á los males por ellas causados; y en suma, á honrar la memoria de nuestros antepasados, mas que con estériles alabanzas, haciéndonos dignos de ellos por el saber, el bien entendido patriotismo y las virtudes públicas y privadas.

Con ir menguando poco á poco la fé y el entusiasmo con que había sido saludado y festejado el nacimiento de la nueva escuela: con haber esta perdido, como más arriba decíamos, no poco de su prestigio por efecto de las exageraciones á que algunos de sus adeptos se entregaron: con ausentarse unos y entregarse otros de sus

cultivadores, obligados por las necesidades de la vida, á trabajos si ménos gloriosos, de más provecho: con habernos arrebatado la muerte,—«enemiga al parecer, como decia nuestro digno Presidente hablando de la de Cabanyes, de nuestras glorias provinciales»,—algunos de los que más parte habian tomado en aquel renacimiento literario, y por otras varias causas no difíciles de adivinar, fué de cada día amortiguándose aquel movimiento intelectual: y si bien de vez en cuando dábanse todavía á luz obras de no escaso valer, lograban apenas llamar la atencion, y nacian á una vida sin gloria en medio de la glacial indiferencia de un público, cuya única y exclusiva lectura era el periódico de su parcialidad política y el insulso, y no pocas veces corruptor folletin que lo acompañaba; en medio de aquella glacial indiferencia que, llevando el desconuelo al corazon del escritor, si es que no mata, amortigua al ménos la llama de su entusiasmo.

Sin romper con las tradiciones de la escuela de que habia sido uno de los más aventajados discípulos y cultivadores, Roca y Cornet tomó parte y hasta ejerció saludable influencia en el nacimiento y desarrollo de la que habia venido á disputar á aquella la conquista de los jóvenes de privilegiada inteligencia, que á la manera de los capullos á los primeros rayos del naciente sol, abrian su corazon, llenos de vida y de esperanzas, á los resplandores del nuevo renacimiento de las artes y de las letras. Sin embargo, ya no fué entonces la poesia, cual lo habia sido en anteriores años, el idolo de sus amores: antes cedió modestamente el paso á los que, neófitos del arte, adelantábanse, tímidos y confiados á la vez, á ofrecer las primicias de su ingenio á la «casta y ruborosa vírgen» que habia inspirado sus bellísimos versos al inolvidable Cabanyes.

Desde sus juveniles años habiase manifestado en nuestro querido consocio una especial disposicion y un particular cariño al estudio de los asuntos religiosos y morales. En aquellos momentos siéntese como llamado por vocacion irresistible á hacer de tales asuntos la ocupacion principal de su vida. La revolucion por otra parte, incansable y tenaz en su obra de destruccion, seguia socavando los cimientos del templo de la fé, mientras que sus corifeos, fuertemente asidos de las columnas del diez y nueve veces secular edificio, force-

jaban por derribarlas, por más que debiesen quedar sepultados también ellos debajo de sus escombros. Roca y Cornet que sabe que todo escritor católico tiene el deber de llevar cuando menos una piedra al macizo contrafuerte que ha de impedir, en el orden natural, que venga al suelo el majestuoso monumento levantado por el mismo Jesucristo, pone su inteligencia, su corazón, su actividad infatigable y los materiales recogidos durante muchos años de estudios al servicio de la Religión, y emprende en 1837 la publicación, con este título, de una revista, que si no la primera, fué la más estimada y leída de las que de su clase dábanse á luz en aquellos días en España.

Angustiosas eran las circunstancias en que aquella revista nacía. El año 1837 es de dolorosa recordación hasta comparado con los demás del tristemente célebre quinquenio de 1835 á 1840, durante el cual, y en medio de los horrores de la guerra civil, los rebatos, las carreras, los toques de llamada, los motines, las barricadas, los atropellos y muertes, eran, por decirlo así, el estado normal de nuestra ciudad querida. Si en cualquiera de las épocas de desasosiego por que ha pasado España desde hace más de medio siglo, hubiera podido considerarse empresa atrevida la publicación aquí de un periódico religioso; en aquel tiempo en que, como escribía el mismo Roca, «todavía humeaban los templos del Señor destruidos por la tea devastadora, y andaban perseguidos y errantes sus unguentos,» debió parecer á los hombres apocados y de escasa fé un acto de temeridad, ó cuando menos de imprudencia. Mas Roca tenía puesta su confianza en el divino Capitán bajo cuya bandera iba á reñir sus santas batallas, y ni se acobardó ante la espantable estatura y descomunal pujanza del brazo del Goliath del error con quien iba á entrar en rudo combate, ni se detuvo ante la consideración de lo flaco de sus fuerzas. Cuatro años peleó sin descanso: si con aumentos de su reputación literaria, lo sabeis vosotros; si con provecho ó no, sábelo Aquel que debía añadir una hoja más á su inmortal corona por cada uno de sus triunfos. Los nueve tomos de la revista *La Religion*, son además de un magnífico homenaje tributado á la causa de la verdad, un precioso monumento levantado á la gloria de Cataluña y á la fama de su modesto autor, cuyo nombre no aparece escrito

en ninguna de las páginas de aquel periódico, que mereció, sin embargo, los plácemes y las alabanzas de otros de igual clase así nacionales como extranjeros; de su modesto autor, «que, como escribía nuestro amigo y consocio el Sr. Quadrado, ocultó su nombre en el de la Religión que defendía, semejante al ministro eclipsado al pié de los altares y perdido en los resplandores de la divinidad que adora.»

Por entonces vino á Barcelona el insigne Balmes «á quien Roca dispensó fino aprecio antes que el mundo fama,» y con él y con el malogrado Ferrer y Subirana, digno de entrambos, y dando él mismo anticipada muerte á su querido periódico con honda pena,—que únicamente era bastante á templar la esperanza de que asociado con aquellos dos poderosos atletas podría luchar con mayores resultados en pro de los sagrados y levantados intereses que había hasta entonces defendido solo,—fundó la nueva revista que, con el título de *La Civilizacion*, debía proseguir la gloriosa campaña por la suya con tan venturoso éxito iniciada. Aquella revista, modelo de las de su clase en España,—causa vergüenza decirlo,—no logró más que año y medio de existencia. Si contribuyó no poco, como nos place suponerlo, á que alcanzara tan breve vida lo borrascoso de los tiempos en que nació, esparció sus hermosos rayos y eclipsóse, bien pudiéramos aplicarle aquellos tan sabidos versos del Príncipe de nuestros poetas dramáticos:

*Pues si un día es la vida de las flores,  
Una noche es la edad de las estrellas.*

Después de duración tan efímera vino á reemplazarla otra revista, *La Sociedad*, redactada tan solo por Balmes. En aquel mismo año,—era el 1843,—bajaba al sepulcro el malogrado Ferrer y Subirana. «No satisfecho el ánimo de aquel insigne publicista, decía algunos años después Roca en la Memoria necrológica del que había sido su compañero y amigo que leía ante esta Academia, con la marcha sosegada y majestuosa de *La Civilizacion*, anhelaba entrar más de lleno en las discusiones que afectaban más directa é inmediatamente la situación española: y á esto puede atribuirse, entre otras causas, el

haber emprendido por sí solo *La Sociedad*.» De esas otras causas llevóse Roca y Cornet el secreto á la tumba.

Pensó entonces en tornar á la vida su primera y estimada revista *La Religion*. La ocasion no podia ser ménos oportuna. Nunca como entonces eran dolorosas, pero grandes verdades, las que acababa de estampar nuestro difunto compañero en la Introduccion de la nueva revista: «Nuestra historia nos condena, decia.... Nuestros padres conocieron la libertad y la independenciam en su realidad: nosotros no conocemos más que nombres. Un verdadero español no puede vivir sino en lo pasado.» Creyó equivocadamente que necesitaba un auxiliar, y á este error, hijo de su modestia, añadió otro nacido de haber formado de mí más ventajoso concepto del que yo merecia. Asocióme á su empresa. ¿Qué valor ni que prestigio podian añadir á la resucitada revista las poco conocidas y ménos acreditadas iniciales de mis dos apellidos? A pesar de los esfuerzos de Roca y Cornet el nuevo periódico no subsistió más que dos meses. El año 1843 le vió nacer y morir. Verdad es que en aquel mismo año la poblacion de Barcelona, casi en masa, tuvo que abandonar dos veces sus hogares por efecto de las turbulencias políticas, más que nunca tenaces y sobre todo encarecimiento preñadas de rencores y de desgracias.

Mas como ni la pluma del que fué nuestro consocio sabia estar un momento ociosa, ni él acertaba á permanecer retirado en su tienda descansando, mientras seguia brava y tenaz la eterna lucha entre la verdad y el error entablada, acepta gustoso la ocasion con que le brinda el intento digno de loa de uno de nuestros más activos y entendidos editores, D. Juan Oliveres, de publicar una *Biblioteca Católica*, para pelear contra aquel; y ya que no podia desde las columnas de un periódico, lo hace abroquelado, por decirlo así, detrás de las obras más notables y de más eficacia para educar los corazones en las máximas de la moral evangélica, é iluminar las inteligencias con los resplandores de las divinas enseñanzas. Tambien en aquella ocasion se dignó contar conmigo, y hasta una vez pusimos nuestras plumas en un mismo trabajo. Formando parte de dicha Biblioteca vieron la luz pública hasta veinte y siete tomos de obras originales y traducidas; entre aquellas las de nuestra famosísima

doctora, Sta. Teresa, y algunas de los dos Luises, el de Leon y el de Granada, no menos dignos de estudio como elegantes escritores y castizos hablistas, que como maestros consumados de moral ascética.

Creyérase que la direccion de aquella Biblioteca y los trabajos de su cargo, entonces más que en ningun otro tiempo áridos y penosos,—ya que era aquel el en que más se trabajaba en clasificar y catalogar los libros que se iban sacando de los serones en que estaban todavía gran parte de ellos guardados,—además de otras tareas literarias de menos importancia en que distraia sus escasos ócios, debian robarle demasiado espacio para que le quedara poco ni mucho para emplearlo en más graves estudios, cuando de improviso sorprendió al público y á sus amigos con el anuncio de una nueva obra, que dió á la estampa con el modesto título de *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, «que comprende, en dos tomos, decia de ella el ya citado Quadrado, uno de los cuadros más completos que posee nuestra patria,—¡ay! sin apreciarlo y sin saberlo casi,—de los estudios filosóficos y sociales contemporáneos, y del movimiento intelectual de Europa.» Sé que me habeis de agradecer que en este momento ceda la palabra al inmortal autor del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, para oir de sus autorizados labios, cerrados siempre á la lisonja, nunca dispuestos á prodigar elogios, el juicio que formaba del tomo primero, único que le fué dado leer, de aquella obra de su antiguo amigo.

«El *Ensayo crítico*, escribia en *La Esperanza* del 15 de abril de 1847; no es una de aquellas producciones ligeras que solo sirven al entretenimiento: es una obra seria, grave, de carácter científico, y para cuya inteligencia se requiere sosegado estudio y no escasa meditacion. Afortunadamente materias tan dificiles han caido en manos de un escritor que sabe templar la severidad del estilo filosófico con las galas de la fantasia: por manéra que una lectura que, segun las apariencias deberia ser fatigosa, se convierte en un trabajo suave de utilidad y de recreo... El autor del *Ensayo crítico* se distingue por un conocimiento claro y un sentimiento vivo del carácter, necesidades y tendencias del siglo actual: en todas las páginas de su libro se nota el efecto de las lecturas modernas con que

se ha nutrido, siendo una de sus dotes más apreciables que ha sabido guardarse de los extravíos en que incurren otros; y firmemente unido á la causa de la verdad, se muestra celoso adalid de la moral, y previene á los jóvenes contra las lecturas que pervertien las ideas y corrompen los corazones. ¡Honor á los escritores que, como el Sr. Roca y Cornet, comprenden la mision del talento, y emplean las dotes que les ha otorgado la Providencia en propagar saludables doctrinas que llevan al seno de los espíritus la luz y la esperanza!»

Decíamos que Balmes logró tan solo ver el tomo primero de la obra de su amigo. La muerte nos arrebatava al gran filósofo pocos meses despues de salir á luz el tomo segundo del *Ensayo crítico*, de más subido valor, y sobre todo de mayor utilidad que el primero, por examinarse en él con profundo y cristiano criterio las que, por presentarse con nuevos atavíos y con disfraces al uso del día, se ha dado en denominar, con ser reproduccion de errores antiquísimos, novísimas escuelas filosóficas y flamantes utopias sociales; causa aquellas y estas de la terrible y pavorosa crisis por que están pasando las modernas sociedades, y que amenazan serlo en un porvenir más ó ménos remoto de su ruina. ¡Qué no hubiese escrito Balmes, él que tan á fondo conocia las cuestiones que en dicho tomo segundo se trataban, si hubiese vivido bastante para examinar y emitir su autorizado parecer sobre la última parte del trabajo de su estimado colega!

Con sentida frase lamentábase, segun visteis hace poco, nuestro amigo Quadrado, de que la obra de Roca hubiese salido á luz sin ser apreciada y casi sin ser conocida. Y no obstante, Señores, en el punto y hora en que salia de la prensa, á los demas méritos que debian hacerla estimable á los ojos del público, añadíase el de la oportunidad. Al año siguiente de haberla dado su autor á la estampa, veia con sobresalto Europa hundirse en unas partes y bambolearse en otras seculares y poderosos tronos á impulsos de las tempestades revolucionarias, principalmente provocadas por los tenebrosos sistemas filosóficos y por las absurdas teorías socialistas que en el *Ensayo crítico* se combatian. Hasta nuestra patria, con haber sido preservada, á pesar de sus continuas revueltas, del con-

tagio de aquellas funestas doctrinas, á la manera del que despierta despavorido á las espantosas oscilaciones ó sacudimientos de imprevisto terremoto, oyó un dia azorada los alaridos de las turbas que en algunos puntos de Andalucía pedian, armadas de teas y puñales, asiento en el banquete social, segun el lenguaje de los revolucionarios, al igual que sus hermanos desheredados de las demas naciones. Roca en su obra señalaba con el dedo la llaga cancerosa que amenaza invadir el corazon mismo de la sociedad: habia dado la voz de alarma para que esta acudiera á tiempo al oportuno remedio; mas aquella voz se perdió en el aire, como en el aire se perdieron tambien la de Donoso Cortés, la de Balmes y de otros eminentes publicistas; hasta que por fin, cerniéndose ya encima de nuestras cabeza en toda su fuerza la tempestad, y despertando al tumultuoso fragor de los elementos en lucha, los que hubieran debido evitar que aquella estallase, buscaron, y por cierto demasiado tarde, en la lectura de las obras de aquellos previsores ingenios, un mayor y más claro conocimiento de los males con que amenazaban acabar con las sociedades aquellas perturbadoras utopias, y los más seguros medios de evitar tanto estrago.

Por desgracia, y en España más que en otros puntos, son muy pocos los que se toman el trabajo de estudiar aquellas cuestiones filosóficas y sociales, de tanto interés, sin embargo, para todos: y unos en la creencia errónea de que existen en las naciones elementos de fuerza sobrados para contrarestar las huestes que la revolucion está armando y organizando para el dia del gran combate; en la necia confianza otros de que no amenaza ninguna borrasca porque está sereno y despejado el pedazo de horizonte que alcanzan á descubrir con la vista desde la sala del festin en que olvidan, en medio de sibaríticos goces, que hay quienes padecen hambre y viven en el dolor sin esperanza de remedio, duérmense como quien se considera á cubierto de todo peligro, sin alarma ninguna para lo presente, y sin desconfianzas ni temores para lo porvenir. ¡ Si al ménos individuos y sociedades, guardando en sus corazones un resto de la fé que traslada de un punto á otro las montañas, al ver que se va á pique el bagel en que navegan, supiesen como los Apóstoles volver los ojos al que tiene poder para

suscitar y poner á freno las borrascas, y clamar con voz angustiada, pero con santa confianza: «Señor, ¿consentirás que perezcamos (1)?»

Entre los rasgos característicos que formaban la que hemos llamado fisonomía moral del que fué nuestro compañero, aparecen, á nuestro juicio, con más vigor marcados, aquella venturosa inclinación á fundar las investigaciones filosóficas en el sentido común, y á dar á los trabajos de la inteligencia aplicaciones prácticas; doble tendencia que, como sabeis, es cual el sello que con robusta mano ha estampado el ingenio catalán en todas sus manifestaciones. A aquella doble tendencia obedecía Roca y Cornet cuando, al escribir su *Ensayo crítico*, buscaba en el asunto sobre toda ponderación difícil que habíase propuesto tratar, no tanto un pretexto para ejercitar las fuerzas de su inteligencia, y ver hasta que regiones en el mundo de la filosofía podía remontar su vuelo, sin temor de que se renovára en él la lamentable tragedia de Ícaro, como atendía con marcada preferencia á deducir del estudio de su asunto enseñanzas prácticas para los jóvenes, á los cuales dedicaba y para quienes habia escrito aquella obra.

A aquella doble tendencia obedecía igualmente cuando, casi al propio tiempo en que tomaba parte en la redacción de la *Civilización*, daba á la estampa un resumen en verso de la Historia de España, *La biografía infantil* y *El Padre de familias*, obritas de tan amena como provechosa lectura; el *Tratado de cortesía para las niñas* y el libro titulado *El día más feliz de la vida*, destinado á preparar á los niños para la primera comunión. Obedecía también á aquella doble tendencia cuando más tarde, en 1868, publicaba su *Manual de las madres católicas*, obra llena de sentimientos que solo se desarrollan y mantienen al dulce calor del hogar doméstico, y en la que con gran caudal de conocimientos y con madurez de juicio, resultados de meditadas lecturas de libros de sólida y escogida doctrina, de la larga experiencia de los hombres y de las cosas, y de una existencia empleada en la práctica del bien y en el culto de la belleza, se examinan y se ponen al alcance de las inteligencias más vulgares en un lenguaje al par que claro, castizo y elegante, las más impor-

(1) S. LUCAS, cap. viii.

tantes cuestiones morales y sociales sobre el matrimonio, la familia, la educacion de los hijos, etc., al par que se dan reglas de conducta para adelantar en el camino de la virtud, y para el más fácil cumplimiento de los deberes que á las madres católicas el honroso título que llevan las impone. En suma, y obedeciendo igualmente á aquella doble tendencia, daba á luz en 1850, su obra, *Las Mujeres de la Biblia*, que no vacilamos en colocar en el número de las que más contribuyeron á aumentar el renombre de nuestro consocio; pues, aunque de idéntico título que otra francesa, es la que nos ocupa, más que una traduccion, una refundicion de la misma, al objeto de aprovechar los copiosos materiales que tenia reunidos para un trabajo que, con el título de *Estudios morales históricos y literarios sobre la mujer*, pensaba dar á la estampa. El que nos ocupa es, como casi todos los de Roca, un libro destinado á la enseñanza; solo que esta vez en lugar del precepto, á nuestra naturaleza rebelde siempre poco grato, echa mano del ejemplo: y como sabe que en las heroínas del Pueblo escogido ha de hallarlos para todas las virtudes que forman la belleza moral de la mujer y para todos los estados y condiciones de su vida, constituyéndose en discreto maestro de aquella y llevándola como de la mano por un camino sembrado de flores, las que con abundante profusion brotan de su facil y elegante pluma, le pone delante una variada y extensa galería de retratos, los de las Rebecas, las Abigail, las Judith, las Dévoras y demas mugeres célebres del viejo y nuevo Testamento, en los cuales no se sabe que admirar más, si la belleza y el parecido con el original, ó la maestría con que estan pintados, para que anándolas y admirándolas procure, hasta donde alcancen sus fuerzas, acrecentadas por la gracia, imitarlas.

A la manera que el viajero que, disponiendo de escaso tiempo para visitar una ciudad rica en monumentos, sin dejar de lanzar siquiera una cariñosa mirada á los de menos importancia que encuentra al paso, detiéndose á contemplar en su conjunto y estudiar en sus detalles los que señalan un adelanto ó una época en la historia del arte, así apurado yo por lo limitado del tiempo y por el temor de que antes se canse vuestra sobrada benévola atencion que falte materia á mi pluma, pasaré saludando con respeto y reconociendo

á vuestra estimacion otras obras de ménos importancia, pero ni desnudas de interés, ni desprovistas de mérito, de nuestro difunto amigo, tales como las tituladas: *Maria Inmaculada* y *Monumento á las glorias de Maria*, ó sea, *Letanias de la Virgen*, para las cuales escribió un himno para cada título, á fin de llegar y detenerme ante la produccion por ventura más notable que salió de la pluma de Roca, en que con más amor trabajó como escritor y como católico, y en la cual parece como que su inteligencia, fantasía y corazon dispuétanse en amistosa competencia sobre cual de ellas depositará más ricas flores y sazonados frutos al pié del monumento que van á erigir á honor y gloria del Redentor del linaje humano.

Habreis adivinado, Señores, que aludo á la *Historia de los hechos y doctrina de Ntro. Sr. Jesucristo*, que escribió para formar parte de la *Biografía eclesiástica completa*, y que se imprimió por separado en 1857, en un tomo en casi fóllo de 866 páginas. «Presentar la historia de los hechos y doctrina de Jesucristo cual más conviene á nuestro siglo, escribia el mismo Roca, decorada con las circunstancias que pueden darle interés á los ojos del filósofo y del curioso, sin dejar de contener el fondo divino que en ella busca el corazon cristiano; tratar de la sublimidad de su doctrina como única norma de perfeccion y de dicha en el individuo, en la familia y en la sociedad, sin separarse un ápice del texto Evangélico; engalanarla con los auxilios de la tradicion y de la crítica contra los esfuerzos del error que ha intentado desfigurarla, ya que no puede destruirla; escribir para todos una *Historia de Jesucristo* sin pretensiones, sin difusión, sin erudicion empalagosa, enlazando en lo posible la sencillez con la uncion y el interes de la pintura con la naturalidad de las formas, tal es el objeto de la presente obra, de la cual juzgará el público conocedor, y cuyo juicio en manera alguna intentamos prevenir.»

«¡Dichosos los siglos, escribia además, en que para anunciar la vida de Jesucristo y hacer interesante su lectura, bastaba, puestas los ojos sobre el Libro santo, entregarse á las solas y espontáneas efusiones del alma! ¡Felices tiempos en que una mano sacrilega no habia intentado, bien que en vano, derramar el veneno de la duda sobre el manantial mismo de la vida!» Mas porque aquellos siglos

de fé desgraciadamente han pasado, y el actual lo es de indiferentismo, de duda y para muchos de negacion, caminos por donde van y llegan más ó ménos tarde á la muerte hasta las sociedades más vigorosas y mejor constituidas: mas porque una lengua profana, la de Strauss,—en la época en que Roca escribia su *Historia de Jesucristo* no habia todavía Renan dado á la estampa su absurda é impía novela de la Vida de Jesus,—habia negado la divinidad del Redentor de los hombres y desfigurado con falsos supuestos los hechos evangélicos, por esto descendia en su obra á combatir al racionalismo en su propio terreno, pidiendo á la crítica histórica, á las autoridades más respetables y al testimonio de todos los siglos cristianos armas con que humillar el error en las trincheras detrás de las cuales creíase invencible.

Contaba Roca unos once lustros cuando dió venturoso remate á su *Historia de Jesucristo*. ¿Se sentará, como el viejo Tobías, á la sombra de su hogar á descansar del rudo trabajo de la jornada? No, que aun siente que vive y se agita lozana y robusta su inteligencia en un cuerpo sano y fuerte, bien que encorvado por la fatiga; y como no se aparta nunca de su memoria que el divino Distribuidor de los talentos tiene ofrecida la recompensa segun el empleo que de ellos se haga, no quiere dar paz á la mano, ni sosiego á la pluma hasta que á ello le obliguen las enfermedades, cuyos primeros amagos presiente, ó los años cuyo peso comienza á agobiarle.

Y en efecto, ni pluma ni mano se dan un instante de reposo, y al par que ameniza con frecuencia con artículos, por punto general religiosos, las páginas del *Diario*, cual en los primeros años de su existencia literaria; y favorece con sus producciones, *La España católica*, el *Iris*, el *Monitor de primera enseñanza* y *La Luz*; y enriquece con multitud de artículos,—más de trescientos,—la *Biografía eclesiástica*, y con un buen número de vidas de Santos la coleccion de estas que, bajo su direccion, publicaba D. Juan Oliveres, y da repetidas muestras de la flexibilidad de su ingenio y de la variedad de sus conocimientos en los numerosos artículos con que embellece la obra titulada, *Las Glorias de la pintura*; pide á su lira nuevas inspiraciones, ya para cantar la proclamacion del dogma de la Concepcion inmaculada de María, ya para ensalzar al gran Pio IX, ya

para festejar á la Virgen de las Mercedes en ocasion de ser declarada patrona de esta ciudad, etc.

Con deliberado propósito he aguardado hasta este punto á hablaros de nuestro amigo como sócio de esta Academia para que, ofreciéndolo á vuestra consideracion bajo este solo punto de vista y sin accesorios que os obligaran á fijarla en otros objetos; conociendo y admirando la estima en que siempre tuvo el buen nombre de la misma, el interés con que atendió á que prosperára, el celo con que se asoció á sus tareas, la asiduidad con que asistió á sus sesiones, la puntualidad con que acudió al cumplimiento de las prescripciones de sus estatutos, nos sirva á todos su ejemplo de enseñanza y de estímulo para el más cabal cumplimiento de los deberes que el título con que nos honramos nos impone. Roca y Cornet que sabia que presentar memorias á la Academia, cuando por turno le correspondía era, además del cumplimiento de una disposicion reglamentaria, ocasion de pagar una deuda de gratitud á la corporacion que le habia honrado admitiéndole en su seno, mostróse, sí por demás diligente en satisfacer aquella obligacion, sobre toda ponderacion generoso en solventar esta deuda.

Acababa apenas de recibir su diploma de académico cuando le ofreció (25 de octubre de 1836), como trabajo de entrada, una bien pensada y erudita memoria, encaminada á demostrar el enlace que entre las ciencias y las letras existe. A los pocos meses (18 de mayo de 1837) leia á sus respetables compañeros una oda de levantada entonacion y llena de nobles pensamientos acerca el abuso de la poesia. Más tarde les llamaba la atencion sobre la importancia moral, literaria y económica de una coleccion escogida de los autores más célebres de la docta antigüedad en una memoria, que la Academia premió con la desacostumbrada distincion de mandar imprimirla á sus expensas y remitir ejemplares á todas las corporaciones sabias de España. Otro dia (20 de abril de 1841) discurriendo acerca la conveniencia ó no conveniencia de la pena capital, disertaba sobre el origen del derecho de castigar en las sociedades humanas. Tres años más tarde (5 de julio de 1844) redactaba y leia por encargo y en nombre de este Cuerpo la necrología del socio Dr. D. Jaime Ripoll, tan sabio como humilde; y un lustro des-

pues y con el título de: *Una palabra sobre el Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.*, etc., un elogio fúnebre, lleno de preciosas observaciones sobre las obras del eminente filósofo y publicista, á quien, notable coincidencia, habia tenido el gusto de proponer para miembro de esta Academia. Por fin, y dejando de mencionar otros trabajos, evocaba otro dia el recuerdo de la casi olvidada y para muchos de todo punto desconocida Juliana Morell, nuestra paisana, dotada de tan privilegiada y precoz inteligencia, que á los siete años escribia ya en latin correcto y elegante; que defendia á los doce con universal aplauso conclusiones de dialéctica y ética; que dos años despues, en 1608, recibia la borla de doctor en el palacio pontificio de Aviñon, en presencia de personas tan doctas como esclarecidas; á la cual calificaba de Musa nuestro Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, y que tanto como en el latin, el griego y el hebreo, fué versadísima en algunas ciencias naturales y en las dos jurisprudencias civil y canónica.

Con desconfianza de haber salido airoso del desempeño de mi tarea, doy por terminado en este punto el retrato que de Roca y Cornet, como escritor, me arrojé á bosquejar con mejor voluntad que destreza en el manejo de los pinceles; con no menor desconfianza paso en este momento á delinear el del hombre; esto es, el del que fué hijo sumiso y obediente, no tan solo cuando, á la manera del tierno renuevo, se alimentaba de la sávia y crecia á la sombra del árbol que le dió vida; sino en edad en que, libre por el derecho humano de la potestad paterna, pero sometido á ella por el agradecimiento y el amor, bien así como el robusto rodrigon presta su apoyo y sostiene el carcomido tronco de caduca encina, era él sosten y báculo de su anciano padre cuando caminaba ya éste, con paso tardo y vacilante al ocaso de su existencia: del que fué esposo tierno y padre amantísimo de sus hijos, y que únicamente atento á hacer la felicidad de su compañera y á educar á estos en el amor á lo bello y en la práctica de lo bueno, buscaba incesantemente en el hogar doméstico los goces que creen otros hallar, para su mal y el de sus familias, léjos de aquel dulce y apacible recinto, donde hasta los paganos levantaban el altar de sus dioses; de aquel recinto sobre el cual derrama el Señor abundantes bendiciones cuando se halla,

cual lo estaba el de nuestro amigo, santificado y perfumado por la práctica de las virtudes cristianas: del que fue verdadero ejemplo del ciudadano amante de su patria, cuyas venerandas tradiciones estimaba cual si fuesen las de su propio abolengo; por cuyas glorias se interesaba cual pudiera por las de su familia, y á la cual servía sin ruido ni ostentacion, pero con lealtad y cariño, porque la respetaba como á una madre: del que fué en suma buen cristiano y católico celoso, que al par que edificaba con el ejemplo y atraía con el dulce perfume de las buenas obras, combatía, como visteis, sin darse un momento de reposo, en defensa de las mismas virtudes que practicaba, y de las divinas verdades á cuya luz habia vivificado y fortalecido su inteligencia, y á cuyo calor habia templado y vigorizado su corazon.

Roca y Cornet fué del número de los que, habiendo gozado cierta nombradía, llegan al último momento de su existencia sin dejar detras de sí, no diré odios contra su persona, pues que quien vive sembrando beneficios no puede cosechar frutos de condicion tan dañina; pero ni siquiera quien pudiese con justicia acusarle de haberle inferido la menor ofensa. Sin embargo de haber pasado su vida peleando por la Religion y por los más altos intereses morales, sociales y políticos, y por consiguiente de haber tenido que esgrimir sus armas contra el error y sus mantenedores, cuantas veces entró en batalla con ellos, lo hizo llevando siempre por divisa la humildad y la tolerancia; y si bien combatió á todo trance las doctrinas, mostróse hidalgo y generoso, como con quienes eran más dignos de compasion que de odio, con sus ignorantes ú obcecados defensores. Además, y ojalá siguiesen tan noble ejemplo todos los escritores católicos que por la fe y sus enseñanzas combaten, nunca manchó su mano con el contacto del látigo de la sátira, arma que envilece al que la usa, y que más que corrige exaspera al que sus golpes recibe.

Afable en su trato con todos, grandes ó pequeños; tan digno y respetuoso con sus superiores en jerarquía, como con sus inferiores afectuoso y humilde; más amigo de hacer beneficios que de recibirlos; bien hallado en su modesta posicion, sin pretender poner bajo sus plantas la fortuna, ni consentir en ser esclavo de sus capri-

chos; tan contento con los dones con que Dios le habia favorecido, que me atrevo á afirmar de él, que ni jamás le quitó el sueño la envidia de los laureles ajenos, ni le atormentó la desmedida codicia de aumentar los propios; amator de los honores que creia merecidos, pero sin ensoberbecerse por los afectuosos y sinceros plácemes con que varonés de superior ilustracion y privilegiado talento premiaron sus trabajos y le alentaron á proseguirlos, ni mendigar con humillaciones los elogios del vulgo, ni los estrepitosos aplausos de las multitudes, tan pródigas de ellos para los que saben deslumbrar su fantasía con imágenes de relumbron, divertir sus oídos con sonorosos períodos, y alhagar sus instintos con engañosas promesas; más bien desconfiado que satisfecho de sí mismo; y con cierta innata propension, antes que á rebajar, á tener en demasiada estima á los demas; pródigo de su estimacion y de su apoyo á los que él creia merecerlos, siempre que podia hacerlo sin ofensa del amor propio del agraciado; jamás se le vió ni en las antesalas de los magnates pidiendo favores, ni en las oficinas de la corte á caza de personales medros, ni en las reuniones y tribunas públicas en busca de distinciones y de cargos, ni en los sillones de los circos ó ateneos solicitando ocasiones de hacer alarde de sus conocimientos; antes por el contrario, sin esquivar el trato de los hombres, á quienes amaba como hermanos, ni las gratas intimidades de la amistad, en las cuales gozaba como pocos, cifraba principalmente su dicha en pasar, ni envidiado ni envidioso, las horas y los dias apartado de todo ruido y tumulto en su querida biblioteca ó en la tranquila sombra de su estimado hogar; ó ya distrayendo abrumadores pensamientos, ya descansando de recientes fatigas ó madurando ideas para nuevos trabajos en solitarios paseos, ora del brazo de su esposa, ora apoyado en el de sus hijos.

Por más que, gracias á la tranquilidad de que gozaba su ánimo, á la feliz constitucion de su cuerpo, al venturoso equilibrio que existia entre sus fuerzas físicas é intelectuales, y á la discreta sobriedad con que usó, así de los bienes, como de los honestos goces de la vida, Roca y Cornet hubiese llevado casi sin fatiga hasta una edad bastante avanzada el peso del trabajo,—que en él se habia convertido ya en hábito,—llegó sin embargo el dia en que, sin que él

mismo lo echára de ver, habíanse gastado sus fuerzas por efecto del uso casi inmoderado de las mismas por espacio de tantos años.

Dolencias que al principio debieron parecerle de escasa importancia, fueron haciéndose de cada día más tenaces y graves, hasta el punto de ser ya ineficaces para contener sus progresos los recursos de la ciencia, los puros aires del campo que pasó á respirar en la falda de las vecinas montañas y á la sombra del poético monasterio de Pedralbes, y los cariñosos cuidados y obsequiosas atenciones que le prodigaban su esposa y sus hijos.

Tal vez en aquellos días, al ver que había sobrevivido á casi todos sus antiguos compañeros de aficiones y trabajos literarios; que habian enmudecido para siempre aquellas voces, para él tan queridas, que en otros tiempos le premiaban con sus sinceros plácemes sus producciones, ó le dirigian con sus consejos; al encontrarse poco menos que solo en medio de una generacion nueva que casi tan solo de oídas la conocia, una nube de tristeza y de amargo desconsuelo empañaba su siempre serena frente; mas acordábase luego que le quedaba su Dios, en cuya mayor intimidad vivia cuanto más la escaseaban su compañía los hombres; su esposa, sus hijos, la naturaleza en fin que, á fuer de cariñosa madre, tiene misteriosas y dulcísimas voces de amor para cuantos saben escucharlas y comprenderlas; acordábase que la gloria de aquí bajo es fugaz como la luz que con un espejo pinta un niño en la pared, al paso que es impercedera como Dios la esplendente corona con que premia éste las buenas obras, y su alma y su corazon sacudiendo aquellas melancólicas ideas, como el ave sacude las gotas de agua con que ha salpicado sus alas pasagera nube de verano, volvian á recobrar la tranquilidad y la paz acostumbradas.

Roca y Cornet vió acercarse el fin de sus días, como los que han marchado constantemente por los caminos del Señor, confiado en su justicia y puesta la esperanza en sus divinas misericordias. Permitidme que para consuelo de los buenos católicos y ejemplo de provechosísima enseñanza para los tibios y los indiferentes, traslade aquí la conmovedora, pero edificante pintura, que de los postreros instantes de su vida trazó un testigo de vista.

«A la cabecera de su lecho, cual vision beatífica, estaba una her-

mana de la Esperanza; un ángel de Alemania venido para consuelo de los cristianos de esta tierra. Al lado dos sacerdotes rogaban al Altísimo por el fiel que dentro de poco debía comparecer á su presencia. De vez en cuando uno de ellos pronunciaba á los oídos del enfermo los versículos sagrados, que éste repitió con valor y energía en tanto que el cuerpo obedeció al alma... Sus hijos arrodillados al pié de un crucifijo pedían fervientemente por el alma de su padre. En la estancia se oían sollozos; se oraba, pero se lloraba: creo que las lágrimas son aceptas á Dios cuando en medio del dolor se bendice su mano y se adora su Providencia. Y ¿qué pasaria en el corazón de la afligida esposa del moribundo en aquel terrible trance? Yo diría ¡pobre mujer! si no fuese una piadosa señora. La vida del enfermo desaparece por momentos; sus hijos murmuran las oraciones de la agonía... Los sacerdotes rezan las preces de los muertos: sor Luisa cierra los ojos del cadáver, y comienza en el cielo el juicio de Dios, que piadosamente pensando, acaba con el premio de gloria para el adalid de la Religión.»

Como el autor de las anteriores líneas, nosotros creemos, sirviéndonos de la hermosísima imagen de Dante, que lo que fué en el cuerpo de nuestro amigo crisálida prisionera, es hoy celeste mariposa en los campos de la eterna bienaventuranza. El Señor premia ya y premiará por toda una eternidad en el cielo con inmarcesibles y esplendentes coronas, las virtudes y las obras de Rocca: el mundo apenas si ha reparado en las primeras, y si ha recompensado las segundas con un poco de ruido, que hoy se ha convertido ya casi en indiferencia, y que tal vez ¡ojalá no sea así! se trocará mañana en olvido. Compadezcamos, Señores, á los que no creyendo, y no pudiendo por consiguiente poner su esperanza en las divinas recompensas, tan solo aguardan, como premio de sus trabajos, ese rumor pasajero á que llaman la voz de la fama, ó ese fugaz y ténue fuego fátno á que denominan gloria. Pero compadezcámosles mucho más si para provocar aquel efímero ruido y lograr aquella débil y pasajera llama, que tan sin discernimiento distribuyen las más de las veces los hombres, han sembrado de seductores, pero enervados frutos, los caminos por donde han pasado.

HE DICHO.

# APÉNDICE.

---

## CATÁLOGO DE LOS ESCRITOS Y OBRAS

DEL

## SR. D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.

---

### PUBLICACIONES PERIÓDICAS.

En 1829 publicó en *El Diario de Barcelona* ocho composiciones en verso. Desde 1831 al 39 dió á luz en el mismo doscientos cuarenta artículos sobre asuntos varios, literarios, filosóficos, históricos, religiosos, de circunstancias, revistas teatrales, etc., etc. entre los cuales hay algunas poesías.

Desde 1833 al 34 publicó también algunos artículos en *El Boletín oficial de Cataluña* sobre agricultura é industria.

En Febrero de 1837, empezó á publicar, como redactor único, *La Religion*, Revista primero semanal y despues mensual, filosófica, científica y literaria, hasta Julio de 1841. Forma un total de nueve tomos en cuarto. Imprenta de A. Brusi.

En 1841, junto con D. Jaime Balmes, Pbro. y D. José Ferrer y Subirana publicó *La Civilizacion*, revista quincenal, religiosa, filosófica, política y literaria. Suspendióse en 1843. Tres tomos en 4.º, Imp. Brusi.

Desde 1850 al 54 publicó en el mismo *Diario* un gran número de artículos divididos en series, á saber: 1.ª serie, Biografías de Santos: 2.ª serie, Dominicas: 3.ª serie, Reflexiones cristianas: 4.ª serie, Festividades de la Iglesia: 5.ª serie, Estudio sobre las verdades cristianas, y 6.ª serie, Ojeada religiosa sobre los acontecimientos contemporáneos, formando un total de cerca cuatrocientos artículos.

En 1856 y 1857, publicó en «La España católica» veinte y cinco artículos y varias poesías.

En 1860 dió á luz, veinte y cuatro artículos en la obra titulada: *Las glorias de la Pintura*.

Desde 1860 al 66, doce artículos en *El Monitor de primera enseñanza*.

Desde 1861, una serie de biografías de notarios catalanes célebres, en el periódico *La Notaría*.

En 1862 y 63 treinta artículos en el semanario *La Luz*.

En 1866 y 67 algunos artículos en el periódico *El Iris*.

### OBRAS ORIGINALES.

En 1840 y 41, con motivo de haber sido nombrado por el Excmo. Ayuntamiento, Miembro de la Comisión local de Instrucción primaria publicó á este objeto: *El Padre de familia*, para lectura de niños; de esta obra se han hecho once ediciones: La parte en verso del *Compendio de Historia de España*, para facilitar su estudio á los niños: *Reglas sencillas de cortesía para las niñas*. 2 ediciones: *El día más feliz de la vida ó sea la primera comunión*, de la que se han hecho varias ediciones, y últimamente para servir de premio en las escuelas de instrucción primaria, publicó *La biografía infantil ó sea la niñez de algunos grandes hombres*.

En 1846 dió á luz un devocionario *El Manual del Cristiano*, del que se han hecho varias ediciones, entre otras una fraudulenta en Tolosa de Francia.

En 1847 publicó la obra *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época en su parte filosófica y social*. Dos tomos en cuarto. Imp. Brusi.

En 1850 *Las mujeres de la Biblia*. Obra ilustrada en dos tomos cuarto mayor; se han hecho dos ediciones.

En 1856 publicó la parte en verso de la obra *Las letanias de la Stma. Virgen*. Obra ilustrada con preciosas láminas en acero. Imp. Ribet.

En el mismo año publicó un opúsculo con el título de *Maria inmaculada*, sobre la declaración dogmática de este misterio. Imp. de Ribet.

En 1857. Dió á luz la *Historia de la vida y hechos de N. Sr. Jesucristo*, cuya primera edición forma parte de la obra *Biografía eclesiástica completa*, en la cual tiene publicados además cuarenta artículos biográficos de importancia y más de 300 de menor interés histórico. La segunda edición se publicó por separado en un tomo en cuarto mayor de 866 páginas.

En 1865 publicó para la casa editorial de Bastinos é hijo, otro devocionario *La Esperanza del cristiano*; 2 ediciones.

En 1868 dió á la estampa la última obra con el título de *Las Madres Católicas*.

Tiene además publicadas algunas Memorias leídas en la Academia de Buenas Letras, siendo las más importantes; *Una palabra sobre Balmes*; *Juliana Morell*; *Importancia moral literaria y económica de una coleccion escogida de los autores más célebres de la docta antigüedad*; etc. etc.: el opúsculo *Juicio critico de Moratin comparado con Moliere*: otro con el título de *La Religion y la Política*: otros de menor importancia literaria, y por fin, un número crecido de Himnos sueltos, y poesías sobre acontecimientos contemporáneos que formarían un regular volumen.

### TRADUCCIONES.

- En 1839. «Las noches del Tasso» (del italiano).  
En 1840. «Observaciones sobre la caída de Laménais» (del francés).  
En 1841. La mayor parte de las obras de S. Liguorio (del italiano).  
En 1844. «Clamor de la caridad cristiana para las necesidades del presente siglo.» (del italiano).  
En 1842. «La conversion de Alfonso de Ratisbonne» (del italiano).  
En 1845. «Historia de la Compañía de Jesus.» por F. Cretineau-Joly. Traducida del francés con D. Joaquin Rubió y Ors.  
En 1853. «El Protestantismo en su relacion con el socialismo de Augusto Nicolás» (del francés).  
En 1856. «La moral en accion.» Obra ilustrada. (del francés).  
En 1866. El tomo 1.º de la obra «Los Héroes del Cristianismo,» por el P. María Bernardo, publicada por la casa editorial La Maravilla. (del francés).

### INÉDITOS.—ORIGINALES.

- Educacion del corazon ó como deben dirigirse los sentimientos morales.  
Exposicion social de la moral católica.  
Tratado sobre la clausulacion y puntuacion.  
La Guía del traductor del latin al castellano, y vice-versa.  
Tratado de Bibliografía y de Bibliotecas (no concluido).  
Estudios sobre la nobleza, la monarquía y el municipio.  
Observaciones sobre la historia de Isabel la católica.

Estudios sobre Ovidio.  
Observaciones sobre el estado actual de la literatura.  
Influjo de la Religión sobre la Poesía.  
Historia del Santuario de Ntra. Sra. de la Gleva.  
Tratado sobre la crítica, en latín.  
Apuntes históricos sobre Cataluña.  
Varias memorias leídas en Academias y círculos literarios.

#### TRADUCCIONES.

Trathal, poema de Ossiam.  
Mirra, tragedia de Alfieri.  
Influencia de las pasiones de Madame Stael.  
Varias armonías de Lamartine.

---

Tiene además una numerosa colección de poesías y apuntes  
sobre historia, legislación y literatura de menor importancia.

---

INSTITUT  
D'ESTUDIS CATALANS  
BIBLIOTECA

Núm. 284

Armari .....

Prestatge .....

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1002086826